



D. H. Lawrence
La Mariquita

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA MARIQUITA

D. H. LAWRENCE

**PUBLICADO: 1923
FUENTE: GUTENBERG.NET.AU
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA MARIQUITA

¡Cuántas espadas tenía Lady Beveridge en su corazón atravesado! Sin embargo, siempre parecía haber sitio para una más. Puesto que había decidido que su corazón de piedad y bondad nunca moriría. Si no hubiera sido por esta determinación, ella misma podría haber muerto de pura agonía en los años 1916 y 1917, cuando mataron a sus hijos, y a su hermano, y la muerte parecía segar con amplias hileras a través de su familia. Pero olvidemos.

Lady Beveridge amaba a la humanidad y, pasara lo que pasara, continuaría amándola. Es más, en el sentido humano, amaría a sus enemigos. No a los criminales entre el enemigo, los hombres que cometían atrocidades. Sino a los hombres que eran enemigos sin haberlo elegido. No se dejaría arrastrar hacia ningún odio generalizado.

Alguien la había llamado el alma de Inglaterra. No estaba mal dicho, aunque era mitad irlandesa. Pero provenía de una familia antigua, aristocrática y leal, famosa por sus hombres brillantes. Y ella, Lady Beveridge, había tenido durante años tanta influencia en el tono de la política inglesa como cualquier otro individuo vivo. Amiga íntima de los verdaderos líderes en la Cámara de los Lores y en el Gabinete, se contentaba con que los hombres actuaran, siempre que respiraran de ella, como de la rosa de la vida, la pura fragancia de la verdad y el amor genuino. No tenía dudas respecto a su propio espíritu.

Ella, ella nunca arriaría su delicada bandera de seda. Por ejemplo, a lo largo de toda la agonía de la guerra nunca olvidó a los prisioneros enemi-

gos; estaba decidida a hacer lo mejor por ellos. Durante los primeros años todavía tenía influencia. Pero durante los últimos años de la guerra, el poder se escapó de sus manos y de las de los de su clase, y descubrió que ya no podía hacer nada: casi nada. Entonces pareció como si las muchas espadas hubieran calado hondo en el corazón de esta pequeña e inflexible Mater Dolorosa. La nueva generación se burlaba de ella. Era una pequeña aristócrata raída y anticuada, y su salón estaba pasado de moda.

Pero nos anticipamos. Los años 1916 y 1917 fueron los años en que el viejo espíritu murió para siempre en Inglaterra. Pero Lady Beveridge siguió luchando. Estaba siendo derrotada.

Fue en el invierno de 1917, o a finales del otoño. Había estado enferma durante quince días, abatida, paralizada por la terrible muerte de su hijo menor. Sentía que debía rendirse y simplemente morir. Y entonces recordó cuántos otros yacían en agonía.

Así que se levantó, temblorosa, frágil, para hacer una visita al hospital donde yacían los enfermos y heridos enemigos, cerca de Londres. La condesa Beveridge seguía siendo una mujer privilegiada. La sociedad empezaba a burlarse de este pajarillo desgastado de rectitud y estética anticuadas. Pero no se atrevían a pensar mal de ella.

Pidió el coche y fue sola. El conde, su marido, se había llevado su melancolía a Escocia. Así, en una soleada y pálida mañana de noviembre, Lady Beveridge descendió en el hospital, Hurst Place. El guardia la conocía y saludó a su paso. ¡Ah, estaba acostumbrada a un respeto tan profundo! Era extraño que lo sintiera tan amargamente cuando el respeto se volvía más superficial. Pero así era. Para ella, era el principio del fin.

La jefa de enfermeras entró con ella en la sala. Ay, las camas estaban todas llenas, y había hombres incluso acostados en jergones en el suelo. Había una tristeza desesperada, abarrotada e impotente en el lugar: como si nadie quisiera hacer un sonido o pronunciar una palabra. Muchos de los hombres estaban demacrados y sin afeitar, uno deliraba y hablaba intermitentemente en el dialecto sajón. A Lady Beveridge se le encogió el corazón. Había sido educada en Dresde y había tenido muchas amistades queridas en la ciudad. Sus hijos también habían sido educados allí. Escuchaba el dialecto sajón con dolor.

Era una mujer pequeña, frágil, parecida a un pajarillo, elegante, pero con ese toque de intelectual de los noventa que era inconfundible. Aleteaba delicadamente de cama en cama, hablando en perfecto alemán, pero con una fina entonación inglesa; y siempre preguntando si había algo que pudiera hacer. Los hombres eran en su mayoría oficiales y caballeros. Hacían pequeñas peticiones que ella anotaba en un cuaderno. Su rostro largo, pálido y algo desgastado, y sus pequeños gestos nerviosos inspiraban de algún modo confianza.

Un hombre yacía muy quieto, con los ojos cerrados. Tenía barba negra. Su rostro era bastante pequeño y cetrino. Podría estar muerto. Lady Beveridge lo miró con seriedad, y el miedo asomó a su rostro.

— ¡Vaya, conde Dionys! — dijo ella, agitada —. ¿Está dormido?

Era el conde Johann Dionys Psanek, un bohemio. Ella lo había conocido cuando era un muchacho, y tan solo en la primavera de 1914 él y su esposa se habían alojado con Lady Beveridge en su casa de campo en Leicestershire.

Sus ojos negros se abrieron: ojos grandes, negros, que no veían, con pestañas negras y curvadas. Era un hombre pequeño, pequeño como un niño, y su rostro también era bastante pequeño. Pero todas las líneas eran finas, como si hubieran sido forjadas con una aguda energía masculina. Ahora, la pasta morena y amarillenta de su carne parecía muerta, y las finas cejas negras parecían dibujadas sobre el rostro de un muerto. Los ojos, sin embargo, estaban vivos: pero apenas vivos, sin ver y sin saber.

— ¿Me reconoce, conde Dionys? Me reconoce, ¿verdad? — dijo Lady Beveridge, inclinándose sobre la cama.

No hubo respuesta durante algún tiempo. Luego, los ojos negros cobraron una mirada de reconocimiento, y apareció el fantasma de una sonrisa educada.

— Lady Beveridge — los labios formaron las palabras. Prácticamente no hubo sonido.

— Me alegra mucho que pueda reconocerme. Y siento mucho que esté herido. Lo siento mucho.

Los ojos negros la observaban desde esa terrible lejanía de la muerte, sin cambiar.

—¿No hay nada que pueda hacer por usted? ¿Nada en absoluto? —dijo ella, hablando siempre en alemán.

Y después de un tiempo, y desde la distancia, llegó la respuesta de sus ojos, una mirada de cansancio, de rechazo y un deseo de que lo dejaran solo; era incapaz de forzarse a la consciencia. Sus párpados cayeron.

—Lo siento mucho —dijo ella—. Si alguna vez hay algo que pueda hacer...

Los ojos se abrieron de nuevo, mirándola. Pareció por fin oír, y fue como si sus ojos hicieran el último gesto cansado de una reverencia cortés. Luego, lentamente, sus párpados se cerraron de nuevo.

La pobre Lady Beveridge sintió otra estocada de dolor en el corazón mientras se quedaba mirando el rostro inmóvil y la fina barba negra. Los pelos negros salían de su piel finos y delgados, no muy juntos. Qué carita tan extraña, oscura y aborigen tenía, con una naricita fina: no era un ario, seguramente. Y se iba a morir.

Tenía una bala atravesando la parte superior del pecho, y otra bala le había roto una costilla. Llevaba cinco días en el hospital.

Lady Beveridge pidió a la jefa de enfermeras que la llamara si ocurría algo. Luego se marchó, entristecida. En lugar de ir a Beveridge House, fue al apartamento de su hija cerca del parque, cerca de Hyde Park. Lady Daphne era pobre. Se había casado con un plebeyo, hijo de uno de los políticos más famosos de Inglaterra, pero un hombre sin dinero. Y el conde Beveridge había despilfarrado la mayor parte de la gran fortuna que había heredado, de modo que la hija tenía muy poco, comparativamente.

Lady Beveridge sufría al entrar por la estrecha puerta del apartamento, bastante feo. Lady Daphne estaba sentada junto a la estufa eléctrica en la pequeña sala de estar amarilla, hablando con una visita. Se levantó de inmediato al ver a su pequeña madre.

—Pero, madre, ¿deberías haber salido? Estoy segura de que no.

—Sí, Daphne querida. Por supuesto que debía salir.

—¿Cómo estás? —la voz de la hija era lenta y sonora, protectora, triste. Lady Daphne era alta, de solo veinticinco años. Había sido una de las bellezas cuando estalló la guerra, y su padre había esperado que hiciera un matrimonio espléndido. En verdad, se había casado con la fama: pero sin dinero. Ahora, la pena, el dolor, la pasión frustrada le habían hecho mucho daño. Su marido estaba desaparecido en Oriente. Su bebé había nacido muerto. Sus dos queridos hermanos estaban muertos. Y ella estaba enferma, siempre enferma.

Una chica alta, de hermosa complexión, tenía la fina estatura de su padre. Sus hombros aún estaban rectos. ¡Pero qué delgada su garganta blanca! Llevaba un sencillo vestido negro cosido con lana de colores alrededor de la parte superior, y sujeto con un cinturón suelto de colores: por lo demás, ningún adorno. Y su rostro era encantador, rubio, con una suave tez blanca exótica y mejillas de un rosa delicado. Su cabello era suave y pesado, de un precioso color oro pálido, rubio ceniza. Su cabello, su tez, estaban tan perfectamente cuidados que parecían casi artificiales, como una flor de invernadero.

Pero ay, su belleza era un fracaso. Estaba amenazada de tisis y estaba demasiado delgada. Sus ojos eran la parte más triste de ella. Tenían los bordes ligeramente enrojecidos, desgastados por los nervios, con párpados pesados y venosos que parecían no querer mantenerse alzados. Los ojos en sí eran grandes y de un hermoso color verde azulado. Pero estaban llenos, lánguidos, casi glaucos.

De pie como estaba, una chica alta y de fina complexión, mirando con afectuoso cuidado a su madre, llenaba el corazón de cenizas. La pequeña y patética madre, tan maravillosa a su manera, no era realmente digna de lástima por todo su dolor. Su vida estaba en sus dolores y en sus esfuerzos en favor de los dolores de los demás. Pero Daphne no había nacido para el dolor y la filantropía. Con su espléndida estructura y sus hermosas, largas y fuertes piernas, era Artemisa o Atalanta más que Daphne. Había cierta anchura de frente e incluso de barbilla que hablaba de una naturaleza fuerte y temeraria, y la curiosa y distraída inclinación de sus ojos hablaba de una energía salvaje represada en su interior.

Eso era lo que la aquejaba: su propia energía salvaje. La tenía de su padre y de la raza desesperada de su padre. El condado había comenzado con un

soldado fronterizo desenfrenado y temerario, y esa era la sangre que fluía. Y ay, ¿qué se podía hacer con ella?

Daphne se había casado con un marido adorable: verdaderamente un marido adorable. Mientras que ella necesitaba un temerario. Pero en su mente odiaba a todos los temerarios: su madre la había educado para admirar solo el bien.

Así, su pasión imprudente y antifilantrópica no podía encontrar salida, y no debía encontrar salida, pensaba ella. Así que su propia sangre se volvió contra ella, golpeó sus propios nervios y la destruyó. No era más que frustración e ira lo que la enfermaba y hacía temer a los médicos la tisis. Ahí estaba, dibujada en su boca bastante ancha: frustración, ira, amargura. Ahí estaba lo mismo en el giro de sus ojos verde azulados, una mirada oblicua, desviada: la misma ira volviéndose furtivamente sobre sí misma. Esta ira enrojecía sus ojos y destrozaba sus nervios. Y, sin embargo, toda su voluntad estaba fija en la adopción del credo de su madre y en la condena de su apuesto, orgulloso y brutal padre, que había causado tanta miseria en la familia. Sí, su voluntad estaba fija en la determinación de que la vida fuera amable, buena y benévola. Mientras que su sangre era imprudente, sangre de temerarios. Su voluntad era la más fuerte de las dos. Pero su sangre se vengaba de ella. Así sucede con las naturalezas fuertes hoy en día: destrozadas desde dentro.

—¿No tienes noticias, querida? —preguntó la madre.

—No. Mi suegro recibió información de que habían llevado prisioneros británicos a Hasrun, y que los turcos enviarían los detalles. Y hubo un rumor de algunos prisioneros árabes de que Basil era uno de los británicos traídos heridos.

—¿Cuándo oíste esto?

—Primrose vino esta mañana.

—Entonces podemos tener esperanza, querida.

—Sí.

Nunca hubo nada más sordo y amargo que la afirmación de esperanza de Daphne. La esperanza se había convertido casi en una maldición para ella. Deseaba que no existiera tal cosa. Ja, el tormento de esperar y el insulto al

alma de uno. Como la viuda inoportuna reclamando sus méritos. ¿Por qué no podía ser todo simplemente un desastre limpio y terminar con ello? Este dudar con la desesperación era peor que la desesperación. Había esperado tanto: ah, por sus queridos hermanos había esperado con tanta angustia. Y los dos que más amaba estaban muertos. También lo estaban la mayoría de los otros por los que había esperado. Solo esta incertidumbre sobre su marido seguía escociendo.

—¿Te sientes mejor, querida? —dijo la pequeña e inextinguible madre.

—Algo mejor —llegó la respuesta resentida.

—¿Y tu noche?

—No mejor.

Hubo una pausa.

—¿Vendrás a almorzar conmigo, Daphne querida?

—No, madre querida. Prometí almorzar en casa de los Howard con Primrose. Pero no tengo que irme hasta dentro de un cuarto de hora. Siéntate, por favor.

Ambas mujeres se sentaron cerca de la estufa eléctrica. Hubo esa pausa amarga, ninguna de las dos sabiendo qué decir. Entonces Daphne se animó a mirar a su madre.

—¿Estás segura de que estabas en condiciones de salir? —dijo—. ¿Qué te hizo salir tan repentinamente?

—Fui a Hurst Place, querida. Tenía a los hombres en mi mente, después de cómo han estado hablando los periódicos.

—¿Por qué lees los periódicos! —espetó Daphne, con cierta ira ardiente y ácida—. Bueno —dijo, más compuesta—. ¿Y te sientes mejor ahora que has ido?

—Tanta gente sufre además de nosotras, querida.

—Sé que lo hacen. Eso lo hace todo peor. No importaría si fuéramos solo nosotras. Al menos, importaría, pero uno podría soportarlo más fácilmente. Ser solo una más de una multitud en el mismo estado.

—Y algunos incluso peor, querida.

— ¡Oh, desde luego! Y cuanto peor es para todos, peor es para uno.

— ¿Es así, querida? Trata de no ver demasiado oscuramente. Siento que si puedo dar solo un poquito de mí misma para ayudar a los demás... ya sabes... me alivia. Siento que lo que puedo dar a los hombres que yacen allí, Daphne, se lo doy a mis propios hijos. Ahora solo puedo ayudarlos ayudando a otros. Pero aún puedo hacer eso, Daphne, mi niña.

Y la madre puso su pequeña mano blanca en la mano larga, blanca y fría de su hija. Las lágrimas acudieron a los ojos de Daphne, y una mueca terrible y pétrea a su boca.

— Es tan maravilloso de tu parte que puedas sentir así — dijo.

— Pero tú sientes lo mismo, mi amor. Sé que lo haces.

— No, no lo hago. Ver a todos sufriendo estas mismas cosas horribles me hace desear más el fin del mundo. Y entiendo perfectamente que el mundo no terminará...

— Pero mejorará, querida. Esta vez es como una gran enfermedad, como una terrible neumonía desgarrando el pecho del mundo.

— ¿Crees que mejorará? Yo no.

— Mejorará. Por supuesto que mejorará. Es perverso pensar lo contrario, Daphne. Recuerda lo que ha habido antes, incluso en Europa. Ah, Daphne, debemos tener una visión más amplia.

— Sí, supongo que debemos.

La hija habló rápidamente, desde los labios, en un tono resonante y monótono. La madre habló desde el corazón.

— Y Daphne, encontré a un viejo amigo entre los hombres de Hurst Place.

— ¿Quién?

— El pequeño conde Dionys. ¿Lo recuerdas?

— Perfectamente. ¿Qué le pasa?

— Herido bastante gravemente... en el pecho. Muy enfermo.

— ¿Hablaste con él?

—Sí. Lo reconocí a pesar de su barba.

—¡Barba!

—Sí, una barba negra. Supongo que no se ha podido afeitar. Parece extraño que todavía esté vivo, pobre hombre.

—¿Por qué extraño? No es viejo. ¿Cuántos años tiene?

—Entre treinta y cuarenta. Pero tan enfermo, tan herido, Daphne. Y tan pequeño. Tan pequeño, tan cetrino... smorto, ya sabes la palabra italiana. La forma en que se ven las personas morenas. Hay algo tan angustioso en ello.

—¿Se ve muy pequeño ahora... inquietante? —preguntó la hija.

—No, inquietante no. Algo de la terrible lejanía de un niño que está muy enfermo y no puede decirte qué le duele. Pobre conde Dionys, Daphne. No sabía, querida, que sus ojos fueran tan negros, y sus pestañas tan curvas y largas. Nunca había pensado en él como hermoso.

—Yo tampoco. Solo un poco cómico. Un hombrecito tan pulcro.

—Sí. Y sin embargo ahora, Daphne, hay algo remoto y de una manera triste heroico en su rostro oscuro. Algo primitivo.

—¿Qué te dijo?

—No pudo hablarme. Solo con los labios, solo mi nombre.

—¿Tan mal está?

—Oh, sí. Temen que muera.

—Pobre conde Dionys. Me caía bien. Era un poco como un mono, pero tenía sus puntos buenos. Me regaló un dedal en mi decimoséptimo cumpleaños. Un dedal tan divertido.

—Lo recuerdo, querida.

—Aunque su esposa era desagradable. Me pregunto si le importará morir lejos de ella. Me pregunto si ella lo sabe.

—Creo que no. Ni siquiera sabían su nombre correctamente. Solo que era coronel de tal y cual regimiento.

—Cuarto de Caballería —dijo Daphne—. Pobre conde Dionys. Un nombre tan encantador, siempre pensé: Conde Johann Dionys Psanek. Qué dandi tan extraordinario era. Y un bailarín increíblemente bueno, pequeño, pero eléctrico. Me pregunto si le importa morir.

—Estaba tan lleno de vida, a su pequeña manera animal. Dicen que las personas pequeñas son siempre engreídas. Pero ahora no parece engreído, querida. Algo de épocas antiguas en su rostro... y, sí, cierta belleza, Daphne.

—Te refieres a las pestañas largas.

—No. Tan quieto, tan solitario... y de épocas antiguas, en su raza. Supongo que debe pertenecer a una de esas curiosas pequeñas razas aborígenes de Europa Central. Me sentí bastante nueva a su lado.

—Qué amable de tu parte —dijo Daphne.

Sin embargo, al día siguiente Daphne telefoneó a Hurst Place para preguntar por él. Estaba más o menos igual. Telefoneó todos los días. Luego le dijeron que estaba un poco más fuerte. El día que recibió el mensaje de que su marido estaba herido y prisionero en Turquía, y que sus heridas estaban sanando, se olvidó de telefonar para tener noticias del pequeño conde enemigo. Y al día siguiente telefoneó diciendo que iría al hospital a verlo.

Él estaba despierto, más inquieto, con más excitación física. Podían ver la náusea del dolor alrededor de su nariz. A Daphne su rostro le pareció curiosamente oculto detrás de la barba negra, que sin embargo era rala; cada pelo salía fino y delgado, individualmente, de la piel cetrina y ligeramente translúcida. De la misma manera, su bigote formaba una fina línea negra alrededor de su boca. Sus ojos estaban muy abiertos, muy negros y sin ninguna expresión legible. Observó a las dos mujeres que bajaban por la sala abarrotada y lúgubre, como si no las viera. Sus ojos parecían demasiado abiertos.

Era un día frío, y Daphne estaba envuelta en un abrigo de foca negro con un cuello de mofeta subido hasta las orejas, y una gorra de oro mate con alas calada sobre la frente. Lady Beveridge llevaba su abrigo de marta cibelina y tenía esa extraña elegancia desaliñada que le era natural, algo así como un pollo alborotado.

A Daphne la alteraba el hospital. Miraba de derecha a izquierda a pesar de sí misma, y todo le producía una sorda sensación de horror: el terror de

estos hombres enemigos enfermos y heridos. Se alzaba alta y prominente en sus pieles junto a la cama, su pequeña madre a su lado.

— ¡Espero que no le importe que haya venido! — dijo en alemán al hombre enfermo. Sentía la lengua oxidada al hablar el idioma.

— ¿Quién es entonces? — preguntó él.

— Es mi hija, Lady Daphne. ¡Me recordó a mí , Lady Beveridge! Esta es mi hija, a quien conoció en Sajonia. Sintió mucho oír que estaba herido.

Los ojos negros descansaron en la pequeña dama. Luego volvieron a la figura prominente de Daphne. Y cierto miedo creció en la frente baja y enferma. Era evidente que la presencia se alzaba y lo asustaba. Volvió la cara hacia un lado. Daphne notó cómo su fino cabello negro crecía sin cortar sobre sus pequeñas orejas de animal.

— ¿No me recuerda, conde Dionys? — dijo ella sordamente.

— Sí — dijo él. Pero mantuvo el rostro desviado.

Ella se quedó allí sintiéndose confundida y miserable, como si hubiera cometido un faux pas al venir.

— ¿Preferiría que lo dejáramos solo? — dijo—. Lo siento.

Su voz era monótona. De repente se sintió sofocada en sus pieles cerradas, y se abrió el abrigo, mostrando su fina garganta blanca y un sencillo vestido lencero negro sobre su pecho plano. Él se volvió de nuevo de mala gana para mirarla. La miró como si fuera alguna criatura extraña parada cerca de él.

— Adiós — dijo ella—. Recupérese.

Ella lo miraba con una extraña mirada oblicua y descendente de sus ojos pesados mientras se alejaba. Todavía tenía los ojos un poco rojos, con agotamiento nervioso.

— Es usted tan alta — dijo él, todavía asustado.

— Siempre fui alta — respondió ella, volviéndose a medias hacia él.

— Y yo, pequeño — dijo él.

— Me alegra tanto que esté mejorando — dijo ella.

— Yo no me alegro — dijo él.

— ¿Por qué? Estoy segura de que lo está. Igual que nosotros nos alegramos porque queremos que mejore.

— Gracias — dijo — . He deseado morir.

— No haga eso, conde Dionys. Recupérese — dijo ella, con la manera bastante profunda y lacónica de su juventud. Él la miró con una mirada más lejana de reconocimiento. Pero su nariz corta y bastante puntiaguda se levantó con el disgusto y el cansancio del dolor, sus cejas estaban tensas. La observó con esa curiosa llama de sufrimiento que se ve obligada a prestar un poco de atención exterior, pero que solo habla consigo misma.

— ¿Por qué no me dejaron morir? — dijo — . Quería la muerte ahora.

— No — dijo ella — . No debe. Debe vivir. Si podemos vivir, debemos hacerlo.

— Quería la muerte — dijo él.

— Ah, bueno — dijo ella — , ni siquiera la muerte podemos tener cuando la queremos, o cuando creemos que la queremos.

— Eso es cierto — dijo él, mirándola con los mismos ojos negros y grandes — . Por favor, siéntese. Es demasiado alta de pie.

Era evidente que todavía estaba un poco asustado por su figura prominente que se cernía sobre él.

— Siento ser demasiado alta — dijo ella, tomando una silla que le había traído un enfermero. Lady Beveridge se había ido a hablar con los hombres. Daphne se sentó, sin saber qué más decir. La mirada negra como el azabache en los grandes ojos del conde la desconcertaba.

— ¿Por qué viene aquí? ¿Por qué viene su señora madre? — dijo él.

— Para ver si podemos hacer algo — respondió ella.

— Cuando esté bien, se lo agradeceré a su señoría.

— Muy bien — respondió ella — . Cuando esté bien dejaré que mi señor el conde me dé las gracias. Por favor, póngase bien.

— Somos enemigos — dijo él.

—¿Quiénes? ¿Usted y yo y mi madre?

—¿No lo somos? Lo más difícil es estar seguro de algo. ¡Si me hubieran dejado morir!

—Eso es al menos ingrato, conde Dionys.

—¡Lady Daphne! Sí. ¡Lady Daphne! Hermoso, es el nombre. ¿Siempre la llaman Lady Daphne? Recuerdo que era una doncella tan brillante.

—Más o menos —dijo ella, respondiendo a su pregunta.

—¡Ach! Todos deberíamos tener nombres nuevos ahora. Pensé en un nombre para mí, pero lo he olvidado. Ya no Johann Dionys. Eso ha sido eliminado a tiros. Soy Karl o Wilhelm o Ernst o Georg. Esos son nombres que odio. ¿Usted los odia?

—No me gustan, pero no los odio. Y no debe dejar de ser el conde Johann Dionys. Si lo hace, tendré que dejar de ser Daphne. Me gusta mucho su nombre.

—¡Lady Daphne! ¡Lady Daphne! —repitió él—. Sí, suena bien, me suena hermoso. Creo que hablo tontamente. Me oigo hablar tontamente con usted. —La miró con ansiedad.

—En absoluto —dijo ella.

—¡Ach! Tengo una cabeza sobre los hombros que es como un molinillo de viento de niño, y no puedo evitar que haga palabras tontas. Por favor, váyase, para no oírme. Yo puedo oírme a mí mismo.

—¿No puedo hacer nada por usted? —preguntó ella.

—¡No, no! ¡No, no! ¡Si pudiera ser enterrado profundamente, muy profundamente, donde todo se olvida! Pero me sacan, de vuelta a la superficie. No me importaría que me enterraran vivo, si fuera muy profundo, y oscuro, y la tierra pesada encima.

—No diga eso —respondió ella, levantándose.

—No, lo digo cuando no deseo decirlo. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué he sobrevivido a esto? ¿Por qué no puedo dejar de hablar?

Volvió la cara hacia un lado. El pelo negro, fino y élfico era muy largo y se levantaba en mechones desde la suave nuca morena. Daphne lo miró con pena. Él no podía girar el cuerpo. Solo podía mover la cabeza. Y yacía con el rostro duramente desviado, el fino pelo de su barba saliendo extraño de debajo de su barbilla y de su garganta, hasta la cuenca de su oreja. Yacía muy quieto en esta posición. Y ella se dio la vuelta, buscando a su madre. De repente se había dado cuenta de que los lazos, las conexiones entre él y su vida en el mundo se habían roto, y yacía allí, un trozo de humanidad suelta y palpitante, separada a tiros del cuerpo de la humanidad.

Pasaron diez días antes de que volviera al hospital. Había querido no volver nunca más, olvidarlo, como uno intenta olvidar las cosas incurables. Pero no podía olvidarlo. Él venía una y otra vez a su mente. Tenía que volver. Había oído que se recuperaba muy lentamente.

Parecía realmente mejor. Sus ojos no estaban tan abiertos, habían perdido esa exposición negra, como de tinta, que le había dado un aspecto tan anti-natural, desagradable. La observó con cautela. Ella se había quitado las pieles y llevaba solo su vestido y un sombrero toque oscuro y suave de plumas.

—¿Cómo está? —dijo ella, manteniendo el rostro desviado, reacia a encontrar sus ojos.

—Gracias, estoy mejor. Las noches no son tan largas.

Ella se estremeció, sabiendo lo que significaban las noches largas. Él vio también el aspecto desgastado de su rostro, los bordes enrojecidos de sus ojos.

—¿No se encuentra bien? ¿Tiene algún problema? —le preguntó él.

—No, no —respondió ella.

Había traído un puñado de flores rosadas con forma de margarita.

—¿Le gustan las flores? —preguntó.

Él las miró. Luego sacudió lentamente la cabeza.

—No —dijo—. Si voy a caballo, cabalgando por las marismas o por las colinas, me gusta verlas debajo de mí. Pero no aquí. No ahora. Por favor, no

traiga flores a esta tumba. Incluso en los jardines, no me gustan. Cuando son tapicería para la vida humana.

—Me las llevaré de nuevo —dijo ella.

—Por favor, hágalo. Por favor, déselas a la enfermera.

Daphne hizo una pausa.

—Quizás —dijo— desea que no venga a molestarlo.

Él la miró a la cara.

—No —dijo—. Usted es como una flor detrás de una roca, cerca de un agua helada. No, no vive demasiado. Temo no poder hablar con sensatez. Deseo mantener la boca cerrada. Si la abro, hablo este absurdo. Se escapa de mi boca.

—No es tan absurdo —dijo ella.

Pero él guardó silencio, mirando hacia otro lado.

—Quiero que me diga si realmente no hay nada que pueda hacer por usted —dijo ella.

—Nada —respondió él.

—Si puedo escribir alguna carta por usted.

—Ninguna —respondió él.

—Pero su esposa y sus dos hijos. ¿Sabes dónde está?

—Yo pensaría que no.

—¿Y dónde están?

—No lo sé. Probablemente estén en Hungría.

—¿No en su casa?

—Mi castillo fue incendiado en un disturbio. Mi esposa se fue a Hungría con los niños. Ella tiene parientes allí. Se fue lejos de mí. Yo también lo deseaba. Ay de ella, yo deseaba estar muerto. Perdone el tono personal.

Daphne lo miró: el hombrecito extraño y obstinado.

—¿Pero tiene a alguien a quien desee contárselo, alguien de quien quiera saber?

—Nadie. Nadie. Deseo que la bala me hubiera atravesado el corazón. Deseo estar muerto. Es solo que tengo un diablo en mi cuerpo que no quiere morir.

Ella lo miró mientras yacía con el rostro cerrado y desviado.

—Seguramente no es un diablo lo que lo mantiene vivo —dijo ella—. Es algo bueno.

—No, un diablo —dijo él.

Ella se quedó mirándolo con una mirada larga, lenta y maravillada.

—¿Debe uno odiar a un diablo que lo hace vivir? —preguntó ella.

Él volvió los ojos hacia ella con un toque de sonrisa satírica.

—Si uno vive, no —dijo.

Ella apartó la mirada de él en el momento en que él la miró. Por su vida, no podría haber encontrado sus ojos oscuros directamente.

Ella lo dejó y él se quedó quieto. No leyó ni habló durante las largas noches de invierno y los cortos días de invierno. Solo yacía durante horas con los ojos negros y abiertos, viendo todo a su alrededor con un toque de disgusto y sin prestar atención a nada.

Daphne iba a verlo de vez en cuando. Nunca lo olvidaba por mucho tiempo. Él parecía venir a su mente de repente, como por brujería.

Un día él le dijo:

—Veo que está casada. ¿Puedo preguntarle quién es su marido?

Ella se lo dijo. También había recibido una carta de Basil. El conde sonrió lentamente.

—Puede esperar —dijo— una feliz reunión y nuevos y encantadores hijos, Lady Daphne. ¿No es así?

—Sí, por supuesto —dijo ella.

—Pero está enferma —le dijo él.

—Sí... bastante enferma.

—¿De qué?

—¡Oh! —respondió ella con irritación, volviendo la cara hacia un lado—. Hablan de los pulmones. —Odiaba hablar de ello—. Pero, ¿cómo sabe que estoy enferma? —añadió rápidamente.

De nuevo él sonrió lentamente.

—Lo veo en su cara y lo escucho en su voz. Se diría que el Maligno le ha lanzado un hechizo.

—Oh, no —dijo ella apresuradamente—. Pero, ¿parezco enferma?

—Sí. Parece como si algo la hubiera golpeado en la cara y no pudiera olvidarlo.

—Nada lo ha hecho —dijo ella—. A menos que sea la guerra.

—¡La guerra! —repitió él.

—Oh, bueno, no hablemos de eso —dijo ella.

En otra ocasión le dijo:

—El año ha cambiado; el sol debe brillar por fin, incluso en Inglaterra. Tengo miedo de ponerme bien demasiado pronto. Soy un prisionero, ¿no es así? Pero deseo que brille el sol. Deseo que el sol brille en mi cara.

—No siempre será un prisionero. La guerra terminará. Y el sol sí brilla incluso en invierno en Inglaterra —dijo ella.

—Deseo que brille en mi cara —dijo él.

De modo que cuando en febrero llegó una mañana azul y brillante, la mañana que sugiere azafranes amarillos y el olor de un árbol de mezereón y el olor a tierra húmeda y cálida, Daphne consiguió apresuradamente un taxi y condujo hasta el hospital.

—Ha venido a ponerme al sol —dijo él en el momento en que la vio.

—Sí, para eso he venido —dijo ella.

Habló con la jefa de enfermeras e hicieron llevar su cama a un lugar donde había una gran ventana que llegaba hasta abajo. Allí lo pusieron a

pleno sol. Al girarse, podía ver el cielo azul y las copas centelleantes de los árboles desnudos y violáceos.

— ¡El mundo! ¡El mundo! — murmuró.

Yacía con los ojos cerrados y el sol en su rostro moreno, transparente e inmóvil. El aliento iba y venía por sus fosas nasales de forma invisible. Daphne se preguntaba cómo podía yacer tan quieto, cómo podía parecer tan inmóvil. Era cierto lo que había dicho su madre: parecía como si hubiera sido fundido en el molde cuando el metal estaba al rojo vivo, todas sus líneas eran tan limpias. Tan pequeño era, y a su manera perfecto.

De repente sus ojos oscuros se abrieron y la sorprendieron mirando.

— El sol hace que incluso la ira se abra como una flor — dijo.

— ¿La ira de quién? — dijo ella.

— No lo sé. Pero puedo hacer flores, mirando a través de mis pestañas. ¿Sabe cómo?

— ¿Se refiere a arcoíris?

— Sí, flores.

Y ella lo vio, con una curiosa sonrisa en los labios, mirando a través de sus párpados casi cerrados hacia el sol.

— El sol no es ni inglés, ni alemán, ni bohemio — dijo—. Soy un súbdito del sol. Pertenezco a los adoradores del fuego.

— ¿De verdad? — respondió ella.

— Sí, verdaderamente, por tradición. — La miró sonriendo—. Usted está ahí parada como una flor que se va a derretir — añadió.

Ella le sonrió lentamente con una mirada lenta y cautelosa, como si temiera algo.

— Soy mucho más sólida de lo que imagina — dijo.

Él seguía observándola.

— Un día — dijo—, antes de irme, deje que envuelva mis manos con su cabello, ¿quiere? — Levantó sus manos finas, cortas y oscuras—. Deje que envuelva mis manos con su cabello, como una venda. Me duelen. No sé qué

es. Creo que son todas las explosiones de armas. Pero si me deja envolver mis manos con su cabello. Sabe, es el oro hermético, pero con tanta agua en él, de la luna. Eso calmará mis manos. Un día, ¿quiere?

— Esperemos a que llegue el día — dijo ella.

— Sí — respondió él, y se quedó quieto de nuevo.

— Me preocupa — dijo después de un rato — que me queje como un niño y pida cosas. Siento que he perdido mi hombría por el momento. ¡Las continuas explosiones de armas y proyectiles! Parece haber expulsado mi alma de mí como un pájaro asustado que huye por fin. Pero volverá, ya sabe. Y le estoy tan agradecido; usted es buena conmigo cuando estoy desalmado, y no se aprovecha de mí. Su alma es tranquila y heroica.

— No — dijo ella —. ¡No hable!

La expresión de vergüenza, angustia y disgusto cruzó el rostro de él.

— Es porque no puedo evitarlo — dijo —. He perdido mi alma y no puedo dejar de hablar con usted. No puedo parar. Pero no hablo con nadie más. Intento no hablar, pero no puedo evitarlo. ¿Me saca usted las palabras?

Los ojos grandes y verde azulados de ella parecían el corazón de alguna flor curiosa, completamente abierta, alguna rosa de Navidad con sus pétalos de nieve y rubor. Su cabello destellaba pesado, como oro de agua. Se quedó allí pasiva e indomable con la persistencia de ojos abiertos de su naturaleza invernal y rubia.

Otro día, cuando ella fue a verlo, él la observó durante un tiempo, luego dijo:

— ¿Le dicen todos que es encantadora, que es hermosa?

— No exactamente todos — respondió ella.

— ¿Pero su marido?

— Él lo ha dicho.

— ¿Es gentil? ¿Es tierno? ¿Es un amante querido?

Ella volvió la cara hacia un lado, disgustada.

— Sí — respondió secamente.

Él no contestó. Y cuando ella miró de nuevo, él yacía con los ojos cerrados, una leve sonrisa pareciendo curvarse alrededor de su nariz corta y transparente. Ella podía ver débilmente la carne a través de su barba, como agua a través de juncos. Su pelo negro estaba cepillado liso como el vidrio, sus cejas negras brillaban como una curva de vidrio negro sobre la opalescencia morena de su frente.

De repente habló, sin abrir los ojos.

—Ha sido muy amable conmigo —dijo.

—¿Lo he sido? Nada digno de mención.

Abrió los ojos y la miró.

—Todo encuentra su pareja —dijo—. El armiño, el turón y el ratonero. Uno piensa a menudo que solo la paloma, el ruiseñor y el ciervo con sus astas tienen parejas gentiles. Pero el turón y los osos de hielo del norte tienen sus parejas. Y una osa blanca yace con sus cachorros bajo una roca como una serpiente yace oculta, y el oso macho nada lentamente de regreso desde el mar, como un coágulo de nieve o la sombra de una nube blanca pasando sobre el mar moteado. Yo la he visto también, y no le disparé, ni a él cuando desembarcó con pescado en la boca, vadeando mojado, lento y blanco amarillento sobre las piedras negras.

—¿Ha estado en el Mar del Norte?

—Sí. Y con los esquimales en Siberia, y a través de la tundra. Y un halcón marino blanco hace un nido en una piedra alta, y a veces mira con su cabeza blanca sobre el borde de las rocas. No es solo un mundo de hombres, Lady Daphne.

—De ninguna manera —dijo ella.

—Si no, sería un lugar lamentable.

—Ya es bastante malo —dijo ella.

—Los zorros tienen sus madrigueras. Tienen incluso sus parejas, Lady Daphne, a las que ladran y les responden. Y una víbora encuentra a su hembra. Psanek significa proscrito; ¿lo sabía?

—No lo sabía.

—Los proscritos y los bandidos tienen a menudo las mejores compañeras.

—Es cierto —dijo ella.

—Seré Psanek, Lady Daphne. No seré más Johann Dionys, seré Psanek. La ley me ha atravesado a tiros.

—Podría ser Psanek y Johann y Dionys también —dijo ella.

—¿Con el sol en mi cara? Tal vez —dijo él, mirando al sol.

Hubo algunos días encantadores en la primavera de 1918. En marzo, el conde pudo levantarse. Lo vistieron con un sencillo uniforme azul oscuro. No estaba muy delgado, solo moreno y transparente; ahora su barba estaba afeitada y su cabello cortado. Su pequeñez lo hacía notable, pero era masculino, perfecto en su pequeña estatura. Toda la pulcritud sonriente que lo había hecho parecer un mono a los ojos de Daphne cuando era niña había desaparecido. Sus ojos eran oscuros y altivos; parecía mantenerse dentro de sus propias reservas, sin hablar con nadie si podía evitarlo, ni con las enfermeras ni con las visitas ni con sus compañeros de prisión, compañeros oficiales. Parecía poner una sombra entre él y ellos, y desde el otro lado de esta sombra miraba con sus ojos oscuros y bellamente orlados, como una pequeña bestia orgullosa desde la sombra de su guarida. Solo con Daphne reía y charlaba.

Ella se sentó con él un día de marzo en la terraza del hospital, en una mañana en la que las nubes blancas iban incesante y magníficamente por un cielo azul, y la luz del sol se sentía cálida después de las manchas de sombra.

—Cuando cumpliste años, y tenías diecisiete, ¿no te regalé un dedal? —le preguntó él.

—Sí. Todavía lo tengo.

—Con una serpiente de oro en la base y una mariquita de piedra verde en la parte superior, para empujar la aguja.

—Sí.

—¿Lo usas alguna vez?

—No. Coso raramente.

—¿Te desagradaría coser algo para mí?

—No admirarás mis puntadas. ¿Qué desearías que cosiera?

—Cóseme una camisa que pueda usar. Nunca antes he usado camisas de una tienda, con el nombre de un fabricante dentro. Me resulta muy desagradable.

Ella lo miró: sus altivas cejas pequeñas.

—¿Le pido a mi doncella que lo haga? —dijo ella.

—¡Oh, por favor, no! Oh, por favor, no, no te molestes. No, por favor, no la querría a menos que la cosieras tú misma, con el dedal de los Psanek.

Ella hizo una pausa antes de responder. Luego llegó su lento:

—¿Por qué?

Él se volvió y la miró con ojos oscuros e inquisitivos.

—No tengo ninguna razón —dijo, con bastante altivez.

Ella dejó el asunto allí. Durante dos semanas no fue a verlo. Entonces, de repente, un día tomó el autobús hacia Oxford Street y compró una fina franela blanca. Decidió que él debía usar franela.

Esa tarde condujo hasta Hurst Place. Lo encontró sentado en la terraza, mirando a través del jardín hacia el suburbio rojo de Londres que humeaba en la distancia cercana, interrumpido por parches de terreno descubierto y una lavandería de techo de chapa plano.

—¿Me darás las medidas para tu camisa? —dijo ella.

—El número del cuello de esta camisa inglesa es quince. Si le preguntas a la jefa de enfermeras, ella te dará la medida. Es un poco demasiado grande, demasiado larga en las mangas, ya ves —y sacudió el puño de la camisa sobre su muñeca—. También demasiado larga en general.

—La mía probablemente será imposible de usar cuando la haya hecho —dijo ella.

—Oh, no. Deja que tu doncella te dirija. Pero, por favor, no dejes que ella la cosa.

—¿Me dirás por qué quieres que lo haga yo?

—Porque soy un prisionero, con ropa de otra gente, y no tengo nada mío. Todas las cosas que toco me resultan desagradables. Si tu doncella cose para mí, seguirá siendo lo mismo. Solo tú podrías darme lo que quiero, algo que se abotone alrededor de mi garganta y en mis muñecas.

—¿Y en Alemania... o en Austria?

—Mi madre cosía para mí. Y después de ella, la hermana de mi madre, que era la cabeza de mi casa.

—¿No tu esposa?

—Naturalmente que no. Se habría sentido insultada. Ella nunca fue más que una invitada en mi casa. En mi familia hay viejas tradiciones, pero conmigo han llegado a su fin. Más vale que intente revivirlas.

—¿Empezando con tradiciones de camisas?

—Sí. En nuestra familia, la camisa debe ser hecha y lavada por una mujer de nuestra propia sangre: pero cuando nos casamos, por la esposa. Así que cuando me casé tenía sesenta camisas, y muchas otras cosas, cosidas por mi madre y mi tía, todas con mi inicial y la mariquita, que es nuestro escudo.

—¿Y dónde ponían la inicial?

—¡Aquí! —puso su dedo en la parte posterior de su cuello, sobre la piel morena y transparente—. Imagino que todavía puedo sentir la mariquita bordada. En nuestra ropa blanca no teníamos corona: solo la mariquita.

Ella guardó silencio, pensando.

—¿Perdonarás lo que te pido? —dijo él—, ya que soy un prisionero y no puedo hacer otra cosa, y ya que el destino te ha hecho de tal manera que entiendes el mundo como yo lo entiendo. No es realmente indelicado lo que te pido. Habrá una mariquita en tu dedo cuando cosas, y aquellos que llevan la mariquita entienden.

—Supongo —meditó ella— que es tan malo tener tu abeja en la camisa como en el sombrero.

Él la miró con los ojos redondos.

—¿No sabes lo que es tener una abeja en el sombrero? —dijo ella.

—No.

— ¡Tener una abeja zumbando entre el pelo! Haber perdido el juicio — le sonrió ella.

— ¡Vaya! — dijo él—. Ah, los Psanek han tenido una mariquita en sus sombreros durante muchos cientos de años.

— Completamente, completamente locos — dijo ella.

— Puede ser — respondió él—. Pero con mi esposa estuve bastante cuerdo durante diez años. Ahora dame la locura de la mariquita. El mundo con el que yo estaba cuerdo se ha vuelto delirante. La mariquita con la que yo estaba loco sigue siendo sabia.

— Al menos, cuando cosa las camisas, si las coso — dijo ella—, tendré la mariquita en la punta del dedo.

— Quieres reírte de mí.

— Pero seguramente sabes que eres gracioso, con tu insecto familiar.

— ¿Mi insecto familiar? Ahora quieres ser grosera conmigo.

— ¿Cuántos puntos debe tener?

— Siete.

— Tres en cada ala. ¿Y qué hago con el que sobra?

— Pones ese entre sus dientes, como el pastel para Cerbero.

— Recordaré eso.

Cuando trajo la primera camisa, se la dio a la jefa de enfermeras. Luego encontró al conde Dionys sentado en la terraza. Era un hermoso día de primavera. Cerca había altos olmos y algunos grajos graznando.

— ¡Qué día tan encantador! — dijo ella—. ¿Te está gustando el mundo un poco más?

— ¿El mundo? — dijo él, mirándola con el mismo viejo descontento y disgusto en su fina y transparente nariz.

— Sí — respondió ella, y una sombra cubrió su rostro.

— ¿Es este el mundo, todas esas cajitas de ladrillo rojo en filas, donde viven parejas de gente pequeña, que decretan mi destino?

—¿No te gusta Inglaterra?

—¡Ah, Inglaterra! Casitas como cajitas, cada una con su inglés doméstico y su esposa doméstica, cada uno gobernando el mundo porque todos son iguales, tan iguales.

—Pero Inglaterra no es todo casas.

—¡Campos entonces! Pequeños campos con innumerables setos. Como una red con una malla irregular, sujeta con alfileres sobre esta isla y todo bajo la red. Ah, Lady Daphne, perdóname. Soy un ingrato. Estoy tan lleno de bilis, de esplín, como dicen ustedes. Mi única sabiduría es mantener la boca cerrada.

—¿Por qué odias todo? —dijo ella, amargándose su propio rostro.

—No todo. ¡Si fuera libre! Si estuviera fuera de la ley. Ah, Lady Daphne, ¿cómo se sale uno de la ley?

—Entrando dentro de uno mismo —dijo ella—. No saliendo fuera.

Su rostro adoptó una mayor expresión de disgusto.

—No, no. Soy un hombre, soy un hombre, aunque sea pequeño. No soy un espíritu que se enrosca dentro de una concha. En mi alma hay ira, ira, ira. Dame espacio para mi ira. Dame espacio para eso.

Sus ojos negros la miraron agudamente a los de ella. Ella puso los ojos en blanco como si estuviera en un semi-trance. Y con una voz monótona y tranceada dijo:

—Mucho mejor superar tu ira. ¿Y por qué estás enojado?

—No hay por qué. Si fuera amor, no me preguntarías: ¿por qué amas? Pero es ira, ira, ira. ¿De qué otra forma puedo llamarlo? Y no hay por qué.

De nuevo la miró con sus ojos oscuros, agudos, inquisitivos y atormentados.

—¿No puedes deshacerte de ella? —dijo ella, mirando hacia un lado.

—Si un proyectil explotara y me volara en mil fragmentos —dijo él—, no destruiría la ira que hay en mí. Lo sé. No, nunca se disipará. Y morir no es una liberación. La ira sigue rechinando y gimiendo en la muerte. Lady Daphne, Lady Daphne, hemos gastado todo el amor, y esto es lo que queda.

—Quizás tú has gastado todo tu amor —respondió ella—. Tú no eres todo el mundo.

—Lo sé. Hablo por mí y por ti.

—No por mí —dijo ella rápidamente.

Él no respondió, y permanecieron en silencio.

Finalmente, ella volvió sus ojos lentamente hacia él.

—¿Por qué dices que hablas por mí? —dijo ella, en un tono acusatorio.

—Perdóname. Fui precipitado.

Pero un leve toque de arrogancia en su tono mostraba que decía en serio lo que había dicho. Ella meditó, con la frente fría y pétrea.

—¿Y por qué me cuentas sobre tu ira? —dijo ella—. ¿Eso lo hará mejor?

—Incluso la víbora encuentra su pareja. Y ella tiene tanto veneno en la boca como él.

Ella soltó un pequeño y repentino chorro de risa.

—Qué cosa tan terriblemente poética para decir sobre mí —dijo ella.

Él sonrió, pero con la misma cualidad corrosiva.

—Ah —dijo él—, tú no eres una paloma. Eres un gato montés con los ojos abiertos, medio soñando en una rama, en un lugar solitario, tal como la he visto. Y me pregunto: ¿cuáles son sus recuerdos, entonces?

—Desearía ser un gato montés —dijo ella de repente.

Él la miró con astucia y no respondió.

—¿Quieres más guerra? —le dijo ella con amargura.

—¿Más trincheras? ¿Más Grandes Berthas, más proyectiles y gas venenoso, más ejércitos supuestamente maniobrados por la ciencia y entrenados por máquinas? Nunca. Nunca. Preferiría trabajar en una fábrica que hace botas y zapatos. Y preferiría deliberadamente morir de hambre antes que trabajar en una fábrica que hace botas y zapatos.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero que mi ira tenga espacio para crecer.

—¿Cómo?

—No lo sé. Por eso me siento aquí, día tras día. Espero.

—¿A que tu ira tenga espacio para crecer?

—A eso.

—Adiós, conde Dionys.

—Adiós, Lady Daphne.

Ella había decidido no volver a verlo nunca más. No tuvo ninguna señal de él. Como había empezado la segunda camisa, continuó con ella. Y luego se apresuró a terminarla, porque comenzaba una ronda de visitas que terminaría en la estancia de verano en Escocia. Tenía la intención de enviar la camisa por correo. Pero después de todo, la llevó ella misma.

Descubrió que el conde Dionys había sido trasladado de Hurst Place a Voynich Hall, donde estaban internados otros oficiales enemigos. El verse frustrada la hizo estar más decidida. Tomó el tren al día siguiente para ir a Voynich Hall.

Cuando él entró en la antecámara donde debía recibirla, ella sintió de inmediato la vieja influencia de su silencio y su sutil poder. Su rostro tenía todavía esa mirada morena y transparente de quien es infeliz, pero su porte era orgulloso y reservado. Le besó la mano cortésmente, dejándola hablar a ella.

—¿Cómo estás? —dijo ella—. No sabía que estabas aquí. Me voy a ir fuera durante el verano.

—Le deseo un tiempo agradable —dijo él. Estaban hablando en inglés.

—Traje la otra camisa —dijo ella—. Está terminada por fin.

—Ese es un honor mayor del que me atrevía a esperar —dijo él.

—Temo que pueda ser más honorable que útil. La otra no te quedaba bien, ¿verdad?

—Casi —dijo él—. Le quedaba bien al espíritu, si no a la carne —sonrió.

—Preferiría que hubiera sido al revés, por una vez —dijo ella—. Lo siento.

—No querría que fuera diferente ni en una puntada.

—¿Podemos sentarnos en el jardín?

—Creo que podemos.

Se sentaron en un banco. Otros prisioneros jugaban al críquet no muy lejos. Pero a estos dos los dejaron comparativamente solos.

—¿Te gusta más esto aquí? —dijo ella.

—No tengo nada de qué quejarme —dijo él.

—¿Y la ira?

—Va bien, gracias —sonrió él.

—¿Quieres decir que mejora?

—Echando raíces fuertes —dijo él, riendo.

—¡Ah, mientras solo eche raíces! —dijo ella.

—¿Y su señoría, cómo está?

—Mi señoría está bastante mejor —respondió ella.

—Mucho mejor, de hecho —dijo él, mirándola a la cara.

—¿Quieres decir que parezco mucho mejor? —preguntó ella rápidamente.

—Mucho. Es en tu belleza en lo que piensas. Bueno, tu belleza es casi ella misma otra vez.

—Gracias.

—Meditas sobre tu belleza como yo sobre mi ira. Ah, su señoría, sea sabia y hágase amiga de su ira. Esa es la manera de dejar que su belleza florezca.

—No fui antipática contigo, ¿verdad? —dijo ella.

—¿Connigo? —Su rostro parpadeó con una risa—. ¿Soy yo tu ira? ¿Tu vicario en la cólera? Entonces, hazte amiga del yo enojado, su señoría. No pido nada mejor.

—¿De qué sirve —dijo ella— ser amiga del tú enojado ? Preferiría mucho más ser amiga del tú feliz.

—Ese pequeño animal está extinto —rio él—. Y me alegro de ello.

—¿Pero qué queda? ¿Solo el tú enojado? Entonces no sirve de nada que intente ser amiga.

—Recuerde, querida Lady Daphne, que la víbora no chupa su veneno sola, y el turón sabe dónde encontrar a su hembra. Recuerde que cada uno tiene su propia y querida pareja —rio él—. Querida y mortal pareja.

—¿Y qué pasa si recuerdo esos fragmentos de historia natural, conde Dionys?

—La víbora hembra es elegante, delicada, y lleva su veneno ligeramente. El gato montés tiene unos ojos verdes maravillosos que cierra con el recuerdo como una pantalla. La osa de hielo se esconde como una serpiente con sus cachorros, y su gruñido es la cosa más extraña del mundo.

—¿Me has oído gruñir alguna vez? —preguntó ella de repente.

Él solo rio y miró hacia otro lado.

Guardaron silencio. E inmediatamente la extraña emoción del secreto se interpuso entre ellos. Algo había ido más allá de la tristeza hacia otra comunión secreta y emocionante que ella nunca admitiría.

—¿Qué haces todo el día aquí? —preguntó ella.

—Jugar al ajedrez, jugar a este tonto críquet, jugar al billar, y leer, y esperar, y recordar.

—¿Qué esperas?

—No lo sé.

—¿Y qué recuerdas?

—Ah, eso. ¿Te cuento qué me divierte? ¿Te cuento un secreto?

—Por favor no, si es algo que importa.

—No le importa a nadie más que a mí. ¿Lo escucharás?

—Si no me implica de ninguna manera.

—No lo hace. Bueno, soy miembro de una cierta antigua sociedad secreta... no, no me mires así, nada aterrador... solo una sociedad como los masones.

—¿Y?

—Y... bueno, como sabes, uno es iniciado en ciertos supuestos secretos y ritos. Mi familia siempre ha sido iniciada. Así que yo también soy un iniciado. ¿Te interesa?

—Pues claro.

—Bien. Siempre me emocionaron bastante estos secretos. O algunos de ellos. Algunos me parecían inverosímiles. Los que me emocionaban nunca tenían ninguna relación con la vida real. Cuando me conociste en Dresde y Praga, no habrías pensado que yo era un hombre investido con un terrible conocimiento secreto, ¿verdad?

—Nunca.

—No. Era solo un pequeño espectáculo secundario emocionante. Y yo era un hombrecito de sociedad haciendo muecas. Pero ahora se vuelven verdad. Se vuelve verdad.

—¿El conocimiento secreto?

—Sí.

—¿Qué, por ejemplo?

—Toma el fuego real. Te aburrirá. ¿Quieres oírlo?

—Continúa.

—Esto es lo que me enseñaron. El verdadero fuego es invisible. La llama, y el fuego rojo que vemos arder, nos da la espalda. Está huyendo de nosotros. ¿Significa eso algo para ti?

—Sí.

—Bien, entonces, la amarillez de la luz del sol —la luz misma— es solo el desvío del fuego original real. Sabes que eso es cierto. No habría luz si no hubiera refracción, ni motas de polvo y materia para convertir el fuego oscuro en visibilidad. Sabes que eso es un hecho. Y siendo así, incluso el sol es oscuro. Es solo su chaqueta de polvo lo que lo hace visible. Sabes eso

también. Y los verdaderos rayos de sol que vienen hacia nosotros fluyen oscuramente, una oscuridad en movimiento del fuego genuino. El sol es oscuro, la luz del sol que fluye hacia nosotros es oscura. Y la luz es solo el volverse del revés de la franqueza del sol que venía hacia nosotros. ¿Te interesa eso en absoluto?

— Sí — dijo ella con duda.

— ¡Bien! Ahora escucha. Lo mismo con el amor. Este amor blanco que tenemos es lo mismo. Es solo el reverso, el sepulcro blanqueado del amor verdadero. El amor verdadero es oscuro, un palpitar juntos en la oscuridad, como el gato montés en la noche, cuando la pantalla verde se abre y sus ojos están en la oscuridad.

— No, no veo eso — dijo ella con una voz lenta y metálica.

— Tú, y tu belleza... eso es solo el reverso de ti. La verdadera tú es el gato montés invisible en la noche, con fuego rojo quizás saliendo de sus anchos y oscuros ojos. Tu belleza es tu sepulcro blanqueado.

— Te refieres a los cosméticos — dijo ella—. No llevo ninguno hoy, ni siquiera polvos.

Él se rio.

— Muy bien — dijo—. Considérame a mí. Solía pensar que era pequeño pero guapo, y las damas solían admirarme moderadamente, nunca mucho. Un tipo pulcro, ya sabes. Bueno, eso era solo el reverso de mí. Soy un gato negro aullando en la noche, y es entonces cuando el fuego sale de mí. Este yo que miras es mi sepulcro blanqueado. ¿Qué dices?

Ella lo estaba mirando a los ojos. Podía ver la oscuridad oscilando en las profundidades. Percibía el fuego invisible, felino, agitándose en lo profundo de ellos, sentía que venía hacia ella. Volvió la cara hacia un lado. Entonces él se rio, mostrando sus fuertes dientes blancos, que parecían un poco demasiado grandes, bastante terribles.

Ella se levantó para irse.

— Bien — dijo—. Tendré el verano para pensar en el mundo del revés. Escribe si hay algo que decir. Escribe a Thoresway. ¡Adiós!

— ¡Ah, tus ojos! — dijo él—. Son como joyas de piedra.

Estando lejos del conde, se lo quitó de la cabeza. Solo sentía lástima por él, prisionero en ese repugnante Voynich Hall. Pero no escribió. Tampoco él.

De hecho, su mente estaba ahora mucho más ocupada con su marido. Se estaban haciendo todos los arreglos para efectuar su intercambio. De mes en mes esperaba su regreso. Y así pensaba en él.

Cualquier cosa que le sucediera, ella pensaba en ello, pensaba y pensaba mucho. La consciencia de su mente era como tablas de piedra que la abrumaban. Y quienquiera que hiciera una nueva entrada en ella debía romper estas tablas de piedra pedazo a pedazo. Así fue que, a su manera, pensó con bastante frecuencia en el mundo del revés del conde. Una curiosa latencia se agitaba en su consciencia que aún no era una idea.

Él dijo que sus ojos eran como joyas de piedra. ¡Qué cosa tan horrible decir! ¿Cómo quería que fueran sus ojos? Quería que se dilataran y se convirtieran en pura pupila negra, como los de un gato por la noche. Ella se encogió convulsivamente ante el pensamiento y tensó su pecho.

Él dijo que su belleza era su sepulcro blanqueado. Incluso eso, ella sabía lo que él quería decir. La invisibilidad de ella que él quería amar. Pero ah, su belleza parecida a una perla era tan querida para ella, y era tan famosa en el mundo.

Él dijo que su amor blanco era como la luz de la luna, dañino, el reverso del amor. Se refería a Basil, por supuesto. Basil siempre decía que ella era la luna. Pero entonces Basil la amaba por eso. ¡El éxtasis de ello! Se estremeció, pensando en su marido. Pero también la había desgastado los nervios, el amor de su marido. Ah, desgastado los nervios.

¿Cómo sería entonces el amor del conde? Algo tan secreto y diferente. Ella no sería encantadora y una reina para él. Él odiaba su encanto. El gato montés tiene su pareja. El pequeño gato montés que él era. ¡Ah!

Ella contuvo el aliento, decidida a no pensar. Cuando pensaba en el conde Dionys sentía que el mundo se le escapaba. Se sentaba frente a un espejo, mirando su maravillosa y cuidada cara que había aparecido en tantas revistas de sociedad. La amaba tanto, la hacía sentirse tan vanidosa. Y miraba sus ojos verde azulados: los ojos del gato montés en una rama. Sí, el encantador iris verde azulado tensado como una pantalla. Suponiendo que se

relajara. Suponiendo que se desplegara, y abriera las oscuras profundidades, ¡la oscura y dilatada pupila! ¿Suponiendo que lo hiciera?

¡Nunca! Siempre se refrenaba. Sentía que podría morir antes de poder ceder a esa relajación que el conde quería de ella. No podía. Simplemente no podía. Ante el solo pensamiento de ello, algún nervio hipersensible arancaba con una gran punzada en su pecho; ella retrocedía, obligada a mantener la guardia. Ah no, Monsieur le Comte, nunca tomará a su señoría con la guardia baja.

Le disgustaba el pensamiento del conde. Un hombrecito insolente. ¡Un hombrecito impertinente! Un pequeño loco, en realidad. Un pequeño forastero. No, no. Pensaría en su marido: un inglés adorable, alto, bien educado, tan fácil y simple, y con la mirada divertida en sus ojos azules. Pensaba en el rastro culto y casual de su voz. Le prendía fuego a los nervios. Pensaba en su cuerpo fuerte y fácil; de carne blanca y hermosa, con el fino brote de cabello castaño cálido como pequeñas llamas. Él era el Dioniso, lleno de savia, leche y miel, y vino dorado del norte: él, su marido. No ese pequeño conde irreal. Ah, soñaba con su marido, con los días de amor y la luna de miel, la encantadora y simple intimidad. Ah, la maravillosa revelación de esa intimidad, cuando él se entregaba a ella tan generosamente. Ah, ella era su esposa por esta razón, porque él se había entregado a ella tan grandemente, tan generosamente. Como una espiga de trigo, él estaba allí para su recolección: su marido, su propio, encantador marido inglés. ¡Ah, cuándo vendría de nuevo, cuándo vendría de nuevo!

Recibía cartas de él; y cuánto la amaba. Lejos, su vida era toda de ella. Toda de ella, fluyendo hacia ella como el rayo fluye desde una estrella blanca justo hasta nosotros, hasta nuestro corazón. Su amante, su marido.

Ahora esperaba volver a casa pronto. Todo había sido arreglado. "Espero que no te decepciones de mí cuando regrese", escribió. "Temo que ya no soy el joven regordete y de buen ver que era. Tengo una gran cicatriz en el lado de la boca, y estoy tan delgado como un conejo muerto de hambre, y mi pelo se está volviendo gris. No suena atractivo, ¿verdad? Y no es atractivo. Pero una vez que pueda salir de este lugar infernal, y una vez que pueda estar contigo de nuevo, entraré en mi segundo florecimiento. El solo pensamiento de estar tranquilamente en la misma casa contigo, tranquilo y en paz, me hace darme cuenta de que si he pasado por el infierno, he conocido

el cielo en la tierra y puedo esperar conocerlo de nuevo. Soy un bruto miserable de ver ahora. Pero tengo fe en ti. Perdonarás mi apariencia, y eso solo me hará sentir guapo".

Leyó esta carta muchas veces. No tenía miedo de su cicatriz ni de su aspecto. Lo amaría aún más.

Como había empezado a hacer camisas —esas dos para el conde habían sido una labor enorme, aunque su doncella había acudido en su ayuda cuarenta veces; pero como había empezado a hacer camisas, pensó que podría continuar. Tenía una seda buena y adecuada: a su marido le gustaba la ropa interior de seda.

Pero todavía usaba el dedal del conde. Era de oro por fuera y plata por dentro, y era demasiado pesado. Una serpiente estaba enroscada alrededor de la base, y en la parte superior, para presionar la aguja, estaba incrustada una piedra verde manzana semitransparente, tal vez jade, tallada como un escarabajo, con puntitos. Era demasiado pesado. Pero entonces ella cosía tan lentamente. Y le gustaba sentir su mano pesada, lastrada. Y mientras cosía pensaba en su marido, y se sentía enamorada de él. Pensaba en él, en lo hermoso que era, y en cuánto lo amaría ahora que estaba delgado: lo amaría aún más. Le encantaría trazar sus huesos, como si trazara su esqueleto viviente. El pensamiento la hizo descansar las manos en su regazo y derivar en una meditación. Entonces sintió el peso del dedal en su dedo, y se lo quitó, y se sentó mirando la piedra verde. La mariquita. La mariquita. Y si tan solo su marido viniera pronto, pronto. Era quererlo lo que la ponía tan enferma. Nada más que eso. Lo había deseado tanto. Lo quería ahora. Ah, si pudiera ir hacia él ahora, y encontrarlo, dondequiera que estuviera, y verlo y tocarlo y tomar todo su amor.

Mientras meditaba, puso el dedal frente a ella, tomó un pequeño lápiz de plata de su costurero, y en un trozo de papel azul que había sido la banda de una pequeña madeja de seda escribió las líneas de la tonta cancioncita:

Wenn ich ein Vöglein wär'

Und auch zwei Flüglein hätt'

Flög' ich zu dir...

Eso fue todo lo que pudo poner en su trozo de papel azul pálido.

Si yo fuera un pajarito

Y tuviera dos alitas

Volaría hacia ti...

Bastante tonto, en conciencia. Pero ella no lo tradujo, así que no parecía tan tonto.

En ese momento su doncella anunció a Lady Bingham, la hermana de su marido. Daphne arrugó el trozo de papel con agitación, y en otro minuto Primrose, su hermana, entró. La recién llegada no se parecía en nada a una primula, siendo de cara larga e inteligente, elegante, pero ni un poco distinguida, con su ropa nueva.

—Daphne querida, ¡qué escena doméstica! Supongo que es un ensayo. Bueno, igual puedes ensayar, él está con el almirante Burns en el Ariadne . Papá acaba de recibir noticias del Almirantazgo: bastante en forma. Estará aquí en uno o dos días. Espléndido, ¿no es así? Y la guerra va a terminar. Al menos eso parece. Estarás segura de tu hombre ahora, querida. Gracias al cielo cuando todo termine. ¿Qué estás cosiendo?

—Una camisa —dijo Daphne.

—¡Una camisa! Vaya, qué ingeniosa eres. Yo nunca sabría por qué extremo empezar. ¿Quién te enseñó?

—Millicent.

—¿Y cómo sabía ella ? No es asunto suyo saber coser camisas: ni cojines ni sábanas tampoco. Déjame ver. ¡Vaya, qué perfectamente maravillosa eres! ... todo a mano también. Basil no lo vale, querida, realmente no lo vale. Deja que encargue sus camisas en Oxford Street. Tu negocio es ser hermosa, no coser camisas. ¡Qué pequeña y querida muñeca alfilerero, o mejor dicho mujer de la aguja! Digo, una sátira sobre nosotras, eso es. ¡Pero qué encanto, con alas de nácar en sus faldas! Y queridas agujitas de ojos dorados dentro de ella. Le desenroscas la cabeza y descubres que está llena de alfileres y agujas. ¡Mujer para ti! Mamá dice que si no quieres venir a almorzar mañana. Y que si no quieres venir a Brassey's a tomar el té conmigo en este minuto. Hazlo, sé un amor. Tengo un taxi.

Daphne recogió su costura sin apretar.

Cuando intentó hacer un poco más, dos días después, no pudo encontrar su dedal. Le preguntó a su doncella, en quien podía confiar absolutamente. La chica no lo había visto. Buscó por todas partes. Le preguntó a su enfermera —que ahora era su ama de llaves— y al lacayo. No, nadie lo había visto. Daphne incluso le preguntó a su cuñada.

—¿Dedal, querida? No, no recuerdo un dedal. Recuerdo una querida y pequeña dama-aguja, que me pareció una sátira tan preciosa sobre nosotras las mujeres. No noté un dedal.

La pobre Daphne deambulaba meditabunda. No quería creer que se hubiera perdido. Había sido como un talismán para ella. Intentó olvidarlo. Su marido venía, muy pronto, muy pronto. Pero no podía elevarse a la alegría. Había perdido su dedal. Era como si el conde Dionys la acusara en sueños de algo, ella no sabía muy bien qué.

Y aunque realmente no quería ir a Voynich Hall, sin embargo, como una fatalidad fue, como una condenada. Ya era finales de otoño, y había algunos días encantadores. Este era el último de los días encantadores. Le dijeron que el conde Dionys estaba en el pequeño parque, buscando castañas. Fue a buscarlo. Sí, allí estaba con su uniforme azul inclinado sobre las brillantes hojas amarillas del castaño dulce, que yacían a su alrededor como un nimbo caído de amarillo brillante, bajo sus pies, mientras pateaba y crujía, buscando los erizos de las castañas. Y con sus manos cortas y morenas estaba sacando las pequeñas castañas y poniéndolas en sus bolsillos. Pero cuando ella se acercó, él peló una nuez para comerla. Sus dientes eran blancos y poderosos.

—Me recuerdas a una ardilla guardando provisiones para el invierno —dijo ella.

—Ah, Lady Daphne... estaba pensando y no la oí.

—Pensé que estabas recogiendo castañas... incluso comiéndolas.

—¡También! —rio él. Tenía un encanto oscuro y repentino cuando reía, mostrando sus dientes blancos bastante grandes. Ella no estaba muy segura de si lo encontraba un poco repulsivo.

—¿Estabas realmente pensando? —dijo ella, con su manera lenta y resonante.

—Muy verdaderamente.

—¿Y no estabas disfrutando un poco de la castaña?

—Mucho. Como leche dulce. Excelente, excelente. —Tenía los fragmentos de la nuez entre los dientes y los mordía finamente—. ¿Quiere tomar una también? —Le tendió las pequeñas y puntiagudas nueces marrones en la palma de su mano.

Ella las miró con duda.

—¿Son tan duras como siempre fueron? —dijo ella.

—No, son frescas y buenas. Espere, pelaré una para usted.

Deambularon a través del fino grupo de árboles.

—Ha tenido un verano agradable; ¿está fuerte?

—Casi completamente fuerte —dijo ella—. Verano encantador, gracias. Supongo que no sirve de nada preguntarte si has sido feliz.

—¿Feliz? —Él la miró directamente. Sus ojos eran negros y parecían examinarla. Ella siempre sentía que él tenía un pequeño desprecio por ella—. Oh, sí —dijo, sonriendo—. He sido muy feliz.

—Me alegro mucho.

Derivaron un poco más lejos, y él recogió un erizo de castaña verde manzana de entre las hojas amarillo-marrones, manejándolo con dedos sensibles que todavía le sugerían garras a ella.

—¿Cómo lograste ser feliz? —dijo ella.

—¿Cómo se lo diré? Sentí que el mismo poder que levantó las montañas podía derribarlas de nuevo... no importa cuánto tiempo tomara.

—¿Y eso fue todo?

—¿No era suficiente?

—Yo diría decididamente demasiado poco.

Él rio ampliamente, mostrando los fuertes dientes negroides.

—Usted no sabe todo lo que significa —dijo él.

—¿El pensamiento de que las montañas iban a ser derribadas? —dijo ella—. Será mucho después de mi día.

—Ah, está aburrida —dijo él—. Pero yo... yo encontré al Dios que derriba las cosas: especialmente las cosas que los hombres han levantado. ¿No dicen que la vida es una búsqueda de Dios, Lady Daphne? He encontrado a mi Dios.

—El dios de la destrucción —dijo ella, palideciendo.

—Sí... no el diablo de la destrucción, sino el dios de la destrucción. El bendito dios de la destrucción. Es extraño —se paró ante ella, mirándola hacia arriba—, pero he encontrado a mi Dios. El dios de la ira, que derriba los campanarios y las chimeneas de las fábricas. Ah, Lady Daphne, es un Dios de hombres, es un Dios de hombres. He encontrado a mi Dios, Lady Daphne.

—Aparentemente. ¿Y cómo vas a servirlo?

Un brillo ingenuo transfiguró su rostro.

—Oh, ayudaré. Con mi corazón ayudaré mientras no pueda hacer nada con mis manos. Le digo a mi corazón: Golpea, martillo, golpea con pequeños golpes. Golpea, martillo de Dios, derríbalos. Derríbalo todo.

Sus cejas se fruncieron, su rostro adoptó una mirada de descontento.

—¿Derribar qué? —preguntó ella con dureza.

—El mundo, el mundo del hombre. No los árboles... estas castañas, por ejemplo —miró hacia arriba, a los penachos y piñones sueltos de color amarillo—, no estos... ni a los hechiceros parlanchines, las ardillas... ni al halcón que viene. A esos no.

—¿Quieres decir golpear a Inglaterra? —dijo ella.

—Ah, no. Ah, no. No a Inglaterra más que a Alemania... tal vez no tanto. No a Europa más que a Asia.

—¿Simplemente el fin del mundo?

—No, no. No, no. ¡Qué rencor tengo yo contra un mundo donde las castañitas son tan dulces como estas! ¿Le gusta la suya? ¿Tomará otra?

—No, gracias.

—Qué rencor tengo yo contra un mundo donde incluso los setos están llenos de bayas, racimos de bayas negras que cuelgan y bayas rojas que empujan hacia arriba. Nunca odiaría el mundo. Pero el mundo del hombre. Lady Daphne —su voz bajó a un susurro—, lo odio. ¡ Zzz ! —siseó—. ¡Golpea, corazoncito! ¡Golpea, golpea, pega, hierre! ¡Oh, Lady Daphne! —sus ojos se dilataron con un anillo de fuego.

—¿Qué? —dijo ella, asustada.

—Creo en el poder de mi corazón rojo y oscuro. Dios ha puesto el martillo en mi pecho... el pequeño martillo eterno. ¡Golpea... golpea... golpea! Golpea en el mundo del hombre. ¡Golpea, golpea! Y oye el fino sonido del crujido. El fino sonido del crujido. ¡Escucha!

Se quedó quieto y la hizo escuchar. Era tarde por la tarde. La extraña risa de su rostro hacía que el aire le pareciera oscuro a ella. Y ella podría haber creído fácilmente que oía un leve, fino estremecimiento, un crujido, a través del aire, un delicado ruido crepitante.

—¿Lo oye? ¿Sí? ¡Oh, que viva yo mucho tiempo! ¡Que viva yo mucho tiempo, para que mi martillo pueda golpear y golpear, y las grietas se hagan más profundas, más profundas! ¡Ah, el mundo del hombre! ¡Ah, la alegría, la pasión en cada latido del corazón! Golpea a fondo, golpea certero, golpea seguro. Golpea para destruirlo. ¡Golpea! ¡Golpea! Para destruir el mundo del hombre. Ah, Dios. Ah, Dios, prisionero de la paz. ¿No la conozco, Lady Daphne? ¿No la conozco? ¿No la conozco?

Ella guardó silencio durante unos momentos, mirando hacia las luces parpadeantes de una estación más allá.

—No el lirio blanco arrancado de su cuerpo. No he recogido ninguna flor para mi vida ostentosa. Pero en la oscuridad fría, su raíz de lirio, Lady Daphne. Ah, sí, lo sabrá toda su vida, que yo sé dónde yace enterrada su raíz, con su triste, triste centro de vida. ¡Qué importa!

Habían caminado lentamente hacia la casa. Ella estaba en silencio. Entonces, por fin, dijo con una voz peculiar:

—¿Y nunca querías besarme?

—¡Ah, no! —respondió él bruscamente.

Ella le tendió la mano.

—Adiós, conde Dionys —arrastró las palabras, a la moda. Él se inclinó sobre su mano, pero no la besó.

—Adiós, Lady Daphne.

Ella se fue, con la frente endurecida. Y de ahí en adelante pensó solo en su marido, en Basil. Hizo que el conde muriera fuera de ella. Basil venía, estaba cerca. Regresaba de Oriente, de la guerra y la muerte. Ah, había pasado por un terrible fuego de experiencia. Sería algo nuevo, algo que ella no conocía. Él era algo nuevo, un amante más fuerte que había pasado por un fuego terrible, y había salido extraño y nuevo, como un dios. Ah, nuevo y terrible sería su amor, puro e intensificado por el terrible fuego del sufrimiento. Un nuevo amante, un nuevo novio, una nueva noche de bodas sobrenatural. Se estremeció anticipadamente, esperando a su marido. Apenas notó la salvaje excitación del Armisticio. Estaba esperando algo más maravilloso para ella.

Y sin embargo, en el momento en que oyó su voz en el teléfono, su corazón se contrajo de miedo. Era su voz bien conocida, deliberada, tímida, casi arrastrando las palabras, con la misma sutil sugerencia de deferencia, y la entonación de Cambridge bastante exagerada, subiendo y bajando. Pero había una diferencia, una nueva nota gélida que le atravesó las venas como la muerte.

—¿Eres tú, Daphne? Estaré contigo en media hora. ¿Te parece bien? Sí, acabo de desembarcar y voy directo hacia ti. Sí, un taxi. ¿Seré demasiado repentino para ti, querida? ¿No? ¡Bien, oh bien! ¡Media hora, entonces! ¿Oye, Daphne? No habrá nadie más allí, ¿verdad? ¡Completamente solos! ¡Bien! Puedo llamar a papá después. Sí, espléndido, espléndido. ¿Segura de que estás bien, mi amor? Estoy a las puertas de la muerte hasta que te vea. Sí. Adiós... media hora. Adiós.

Cuando Daphne colgó el auricular se sentó casi desmayada. ¿Qué era lo que tanto la asustaba? Su terrible, terrible voz alterada, como acero frío y azul. No tenía tiempo para pensar. Llamó a su doncella.

—Oh, mi señora, ¿no son malas noticias? —gritó Millicent, cuando vio a su ama blanca como la muerte.

—No, buenas noticias. El mayor Apsley estará aquí en media hora. Ayúdame a vestirme. Llama primero a Murry's para que envíen algunas rosas,

rojas, y algunos iris de color lila... dos docenas de cada uno, de inmediato.

Daphne fue a su habitación. No sabía qué ponerse, no sabía cómo quería peinarse. Habló apresuradamente con su doncella. Eligió un vestido color violeta. No sabía lo que estaba haciendo. En medio de vestirse llegaron las flores, y dejó de hacerlo para ponerlas en los cuencos. De modo que cuando oyó su voz en el vestíbulo, todavía estaba de pie frente al espejo pintándose los labios de rojo y limpiándose los otra vez.

— ¡El mayor Apsley, mi señora! — murmuró la doncella, emocionada.

— Sí, puedo oírlo. Ve y dile que tardaré un minuto.

La voz de Daphne se había vuelto lenta y sonora, como el bronce, como siempre hacía cuando estaba alterada. Su rostro parecía casi demacrado, y en vano se aplicaba el colorete.

— ¿Qué aspecto tiene? — preguntó secamente, cuando su doncella regresó.

— Una larga cicatriz aquí — dijo la doncella, y pasó su dedo desde la comisura izquierda de su boca hacia la mejilla, inclinándose hacia abajo.

— ¿Le hace parecer muy diferente? — preguntó Daphne.

— No tan diferente, mi señora — dijo Millicent suavemente—. Sus ojos son los mismos, creo. — La chica también estaba angustiada.

— Está bien — dijo Daphne. Se miró a sí misma con una larga y última mirada mientras se apartaba del espejo. La visión de su propio rostro la hacía sentir casi enferma. Había visto tanto de sí misma. Y sin embargo, incluso ahora estaba fascinada por la pesada caída de sus párpados de venas lilas sobre sus lentos, extraños y grandes ojos verde azulados. Tenían un aspecto misterioso. Y se lanzó una larga mirada de reojo, curiosa y china. ¿Cómo era posible que hubiera un toque chino en su rostro, siendo ella una rubia tan puramente inglesa, una Afrodita de la espuma, como Basil la había llamado en poesía? ¡Ah, bueno! Dejó sus pensamientos y cruzó el vestíbulo hacia el salón.

Él estaba de pie nerviosamente en medio de la habitación con su uniforme. Ella apenas miró su cara, y solo vio la cicatriz.

—Hola, Daphne —dijo él, con una voz llena de la emoción esperada. Dio un paso adelante, la tomó en sus brazos y le besó la frente.

—¡Me alegro tanto! Me alegro tanto de que haya sucedido por fin —dijo ella, ocultando sus lágrimas.

—¿Tan alegre de que haya sucedido qué, querida? —preguntó él, con su manera deliberada.

—Que hayas vuelto. —Su voz tenía la resonancia del bronce, hablaba bastante rápido.

—Sí, he vuelto, Daphne querida... tanto de mí como hay para traer de vuelta.

—¿Por qué? —dijo ella—. Has vuelto entero, ¿seguramente? —Estaba asustada.

—Sí, aparentemente lo he hecho. Aparentemente. Pero no hablemos de eso. Hablemos de ti, querida. ¿Cómo estás? Déjame mirarte. Estás más delgada, eres mayor. Pero eres más maravillosa que nunca. Mucho más maravillosa.

—¿Cómo? —dijo ella.

—No puedo decir exactamente cómo. Solo eras una chica. Ahora eres una mujer. Supongo que es todo lo que ha pasado. Pero eres maravillosa como mujer, Daphne querida, más maravillosa que todo lo que ha pasado. No podría haber creído que fueras tan maravillosa. Lo había olvidado, o tal vez nunca lo supe. Digo, soy un tipo con suerte en realidad. Aquí estoy, vivo y sano, y te tengo a ti por esposa. Te ha hecho brotar como una flor. Digo, querida, hay más ahora que Venus de la espuma... más grandioso. ¡Qué hermosa eres! Pero parece la belleza de toda la vida... como si fueras la madre luna del mundo... Afrodita. Dios es bueno conmigo después de todo, querida. Nunca debería pronunciar una sola queja. ¡Qué encantadora eres, qué encantadora eres, mi amor! Te había olvidado... y pensé que te conocía tan bien. ¿Es verdad que me perteneces? ¿Eres realmente mía?

Estaban sentados en el sofá amarillo. Él sostenía su mano, y sus ojos iban de arriba abajo, de su cara a su garganta y a su pecho. El sonido de sus palabras y el fuerte y frío deseo en su voz la excitaban, la complacían y hacían que se le helara el corazón. Se volvió y lo miró a sus ojos azul claro. Ya no

tenían la luz divertida, ni la mirada joven. Ardían con una luz dura, enfocada, blanquecina.

—Está bien. Eres mía, ¿verdad, Daphne querida? —llegó su voz culta y musical, que siempre tenía el tono bien educado de la timidez.

Ella le devolvió la mirada a los ojos.

—Sí, soy tuya —dijo ella, desde los labios.

—¡Querida! ¡Querida! —murmuró él, besándole la mano.

El corazón le latió de repente tan terriblemente, como si su pecho fuera a romperse, y se levantó en un solo movimiento y cruzó la habitación. Apoyó la mano en la repisa de la chimenea y miró hacia el fuego eléctrico. Podía oír el leve, muy leve ruido de este. Hubo silencio durante unos momentos.

Entonces ella se volvió y lo miró. Él la observaba intensamente. Su rostro estaba demacrado, y había una curiosa sub-palidez mortal, aunque sus mejillas no estaban blancas. La cicatriz corría lívida desde el lado de su boca. No era tan grande. Pero parecía como una cicatriz en él mismo, en su cerebro, por así decirlo. En sus ojos estaba esa luz dura, blanca y enfocada que la fascinaba y era terrible para ella. Él era diferente. Era como la muerte; como la muerte resucitada. Sintió que no se atrevía a tocarlo. La muerte blanca todavía estaba sobre él. Podía notar que él se encogía con una especie de agonía ante el contacto. "No me toques, que aún no he subido al Padre". Sin embargo, para el contacto había venido. Algo, alguien parecía estar mirando por encima de su hombro. Su propio fantasma joven mirando por encima de su hombro. ¡Oh, Dios! Cerró los ojos, pareciendo desmayarse. Él permaneció inclinado hacia adelante en el sofá, observándola.

—¿No te sientes bien, querida? —preguntó él. Había una extraña e incomprendible frialdad en su mismo fuego. No se movió para acercarse a ella.

—Sí, estoy bien. Es solo que, después de todo, es tan repentino. Déjame acostumbrarme a ti —dijo ella, apartando su rostro de él. Se sentía completamente como una víctima de su rostro blanco y horrible.

—Supongo que debo ser un poco chocante para ti —dijo él—. Espero que no dejes de amarme. No será eso, ¿verdad?

¡La extraña frialdad en su voz! Y sin embargo, el fuego blanco e inquietante.

—No, no dejaré de amarte —admitió ella, en voz baja, casi avergonzada. No se atrevía a haber dicho lo contrario. Y el decirlo lo hizo verdad.

—Ah, si estás segura de eso —dijo él—. Soy una vista bastante desagradable de contemplar, lo sé, con esta cicatriz de herida. Pero si puedes perdonármelo, querida. ¿Crees que puedes? —Había algo parecido a la compulsión en su tono.

Ella lo miró y se estremeció ligeramente.

—Te amo... más que antes —dijo apresuradamente.

—¿Incluso la cicatriz? —llegó su voz terrible, inquiriendo.

Ella miró de nuevo, con esa lenta mirada lateral china, y sintió que moriría.

—Sí —dijo, mirando hacia la nada. Fue un momento horrible para ella. Una pequeña sonrisa, ligeramente imbécil, se ensanchó en el rostro de él.

De repente se arrodilló a sus pies, y besó la punta de su zapatilla, y besó el empeine, y besó el tobillo en la fina media negra.

—Lo sabía —dijo con voz ahogada—. Sabía que cumplirías. Sabía que si tenía que arrodillarme, era ante ti. Sabía que eras divina, eras la única... Cibeles... Isis. Sabía que yo era tu esclavo. Lo sabía. Todo ha sido solo una larga iniciación. Tenía que aprender a adorarte.

Le besó los pies una y otra vez, sin la más mínima autoconciencia ni la más mínima duda. Luego volvió al sofá y se sentó allí mirándola, diciendo:

—No es amor, es adoración. El amor entre tú y yo será un sacramento, Daphne. Eso es lo que tenía que aprender. Estás más allá de mí. Un misterio para mí. Dios mío, qué grande es todo. ¡Qué maravilloso!

Ella estaba de pie con la mano en la repisa de la chimenea, mirando hacia abajo y sin responder. Estaba asustada, casi horrorizada; pero estaba emocionada hasta el fondo de su alma. Realmente sentía que podía brillar blanca y llenar el universo como la luna, como Astarté, como Isis, como Venus. La grandeza de su propio poder pálido. El hombre la adoraba religiosa-

mente, no meramente amorosamente. Estaba lista para él, para el sacramento de su adoración suprema.

Él se sentó en el sofá con las manos extendidas sobre el brocado amarillo y empujando hacia abajo detrás de él, entre el profundo tapizado del respaldo y el asiento. Tenía manos largas y blancas con pecas pálidas. Y sus dedos tocaron algo. Con sus largos dedos blancos tanteó y lo sacó. Era el dedal perdido. Y dentro estaba el trozo de papel azul arrugado.

—Dime, ¿es este tu dedal? —preguntó él.

Ella se sobresaltó y se adelantó apresuradamente para cogerlo.

—¿Dónde estaba? —dijo ella, agitada.

Pero él no se lo dio. Le dio la vuelta y sacó el trozo de papel azul. Vio las tenues marcas de lápiz en la bola arrugada, desenrolló la tira de papel y descifró lentamente el verso.

Wenn ich ein Vöglein wär'

Und auch zwei Flüglein hätt'

Flög' ich zu dir...

—Qué terriblemente conmovedor es eso —dijo él—. ¡Un Vöglein con dos Flüglein ! ¡Pero qué niña tan preciosa y querida eres! ¿Hacia quién querías volar, si fueras un Vöglein ? —La miró con una sonrisa curiosa.

—No puedo recordarlo —dijo ella, volviendo la cabeza hacia un lado.

—Espero que fuera hacia mí —dijo él—. De todos modos, consideraré que lo fue, y te amaré aún más por ello. ¡Qué niña tan querida! ¡Un Vöglein , si te place, con dos alitas! ¡Vaya, qué hermosamente absurdo de tu parte, querida!

Dobló el trozo de papel cuidadosamente y lo guardó en su cartera, manteniendo el dedal todo el tiempo entre sus rodillas.

—Dime cuándo lo perdiste, Daphne —dijo, examinando la baratija.

—Hace aproximadamente un mes... o dos meses.

—Hace aproximadamente un mes... o dos meses. ¿Y qué estabas cosiendo? ¿Te importa si pregunto? Me gusta pensar en ti entonces. Yo todavía

estaba en ese bestial El Hasrun. ¿Qué estabas cosiendo, querida, hace dos meses, cuando perdiste tu dedal?

— Una camisa.

— ¡Vaya, una camisa! ¿La camisa de quién?

— Tuya.

— Ahí está. Ahora hemos llegado al fondo del asunto. ¡Realmente estabas cosiendo una camisa para mí! ¿Está terminada? ¿Puedo ponérmela en este minuto?

— Esa no está terminada, pero la primera sí.

— Digo, querida, déjame ir y ponérmela. ¡Pensar que la tendré junto a mi piel! Te sentiré a todo mi alrededor, sobre todo yo. ¡Digo qué maravilloso será eso! ¿No vienes?

— ¿No me das el dedal? — dijo ella.

— Sí, por supuesto. ¿Qué dedal tan noble también! ¿Quién te lo dio?

— El conde Dionys Psanek.

— ¿Quién era ese?

— Un conde bohemio, en Dresde. Una vez se alojó con nosotros en Thoresway, con una esposa alta. ¿No los conociste?

— Creo que no. Creo que no. No lo recuerdo. ¿Cómo era él?

— Un hombre pequeño con cabello negro y una frente bastante baja y oscura... bastante elegante.

— No, no lo recuerdo en absoluto. Así que él te lo dio. Bueno, me pregunto dónde estará ahora. Probablemente pudriéndose, pobre diablo.

— No, está internado en Voynich Hall. Madre y yo hemos ido a verlo varias veces. Estaba terriblemente malherido.

— ¡Pobre mendigo! ¡En Voynich Hall! Lo visitaré antes de que se vaya. Cosa extraña, regalarte un dedal. ¡Regalo extraño! Aunque entonces eras una niña. ¿Crees que lo mandó hacer o crees que lo encontró en una tienda?

— Creo que pertenecía a la familia. La mariquita en la parte superior es parte de su escudo, y la serpiente también, creo.

— ¡Una mariquita! Cosa curiosa para un escudo. Los estadounidenses lo llamarían un bicho. Debo ir a verlo antes de que se vaya. ¡Y estabas cosiendo una camisa para mí! Y luego me enviaste por correo esta pequeña carta dentro del sofá. Bueno, estoy terriblemente contento de haberla recibido, y de que no se extraviara en el correo, como tantas cosas. " Wenn ich ein Vöglein wär ", ¡eres una niña perfecta! Pero esa es la belleza de una mujer como tú: eres tan soberbia y más allá de la adoración, y luego una niña ingenua tan exquisita. Quién podría evitar adorarte y amarte: inmortal y mortal a la vez. ¿Qué, quieres el dedal? ¡Toma! Maravillosos, maravillosos dedos blancos. Ah, querida, eres más diosa que niña, tú, Isis larga y flexible con manos sagradas. ¡Blancas, blancas e inmortales! No me digas que tus manos podrían morir, querida: tus maravillosos dedos de Proserpina. Son inmortales como febrero y las campanillas de invierno. Si levantas las manos, llega la primavera. No puedo evitar arrodillarme ante ti, querida. No soy más que un sacrificio para ti, una ofrenda. Desearía poder morir entregándome a ti, darte toda mi sangre en tu altar, para siempre.

Ella lo miró con una mirada larga y lenta, mientras él volvía su rostro hacia ella. Su rostro estaba blanco de éxtasis. Y ella no tenía miedo. En algún lugar, saturnino, sabía que era absurdo. Pero eligió no saberlo. Un cierto sueño de desmayo estaba sobre ella. Con sus lentos ojos verde azulados miró hacia abajo a su rostro extasiado, casi benigno. Pero en su mano derecha inconscientemente sujetaba el dedal con fuerza, solo le dio su mano izquierda. Él tomó su mano y se puso de pie en ese curioso éxtasis sacerdotal que lo hacía más que un hombre o un soldado, mucho, mucho más que un amante para ella.

Sin embargo, su regreso a casa la hizo empezar a sentirse enferma de nuevo. Después, tras su amor, tuvo que soportarse a sí misma en el tormento. Para su vergüenza y su pesadumbre, sabía que no era lo suficientemente fuerte, ni lo suficientemente pura, para soportar esta terrible efusión de lujuria de adoración. No era su culpa sentirse débil e irritable después, como si quisiera llorar y estar irritable y petulante, queriendo que alguien la salvara. No podía acudir a Basil, su marido. Después de su éxtasis de lujuria de adoración por ella, ella retrocedía ante él. Ay, ella no era la diosa, la persona soberbia que él nombraba. Estaba viciada con la humildad fatal de su época. No podía endurecer su corazón y quemar su alma hasta purificarla de

esta humildad, de esta duda. No podía creer finalmente en su propia divinidad de mujer, solo en su propia mortalidad femenina.

Ese poder feroz de estar sola, incluso con tu amante, el poder feroz de la mujer in excelsis ... ay, no podía mantenerlo. Podía elevarse a la altura por el momento, la feminidad incandescente, trascendente, feroz como la luna. Pero ay, no podía permanecer intensificada y resplandeciente en sus poderes blancos y femeninos, su misterio femenino. Se relajaba, perdía su gloria y se volvía irritable. Irritable y enferma y nunca podía ser calmada. Y entonces, naturalmente, su hombre se volvía ceniciento y algo acre, mientras ella sufría de los nervios y no podía comer.

Por supuesto, empezó a soñar con el conde Dionys: a anhelarlo melancólicamente. Y era un pensamiento absolutamente fatal para ella que él se fuera. Cuando pensaba eso —que pronto dejaría Inglaterra— yéndose a la oscuridad para siempre, entonces la última chispa parecía morir en ella. Sentía perecer su alma, mientras ella misma estaba desgastada y desalmada como una prostituta. Una diosa prostituta. Y su marido, el sacerdote demacrado, blanco e intensificado de ella, que nunca cesaba de estar ante ella como una lujuria.

—Mañana —le dijo a él, reuniendo su último coraje y mirándolo de reojo — quiero ir a Voynich Hall.

—¿Qué, a ver al conde Psanek? ¡Oh, bien! ¡Sí, muy bien! Iré también. Me gustaría mucho verlo. Supongo que lo enviarán de vuelta en poco tiempo.

Era una quincena antes de Navidad, un tiempo muy oscuro. Su marido estaba de caqui. Ella llevaba sus pieles negras y un velo de encaje negro sobre el rostro, de modo que parecía misteriosa. Pero se levantó el velo y lo ató detrás, de modo que hacía un marco para su rostro. Se veía muy hermosa así, su rostro puro como la flor de eléboro más blanca, tocada con rosa de invierno, en medio de la negrura de sus ropajes y pieles. Solo que se parecía demasiado a la imagen de una belleza moderna: demasiado a la cosa real. Tenía media idea de que Dionys la odiaría por su belleza efectiva. La vería y la odiaría. El pensamiento era como un bálsamo amargo para ella. En cuanto a ella, amaba su belleza casi con obsesión.

El conde se adelantó cautelosamente, mirando de la hermosa figura de Lady Daphne al demacrado y bien educado mayor a su lado. Daphne estaba tan hermosa en sus pieles oscuras, el encaje negro de su velo echado hacia atrás sobre su sombrero ajustado de hilos de oro mate, y su rostro claro como una flor de invierno en una grieta de oscuridad. Pero en su rostro, que sonreía con una lenta satisfacción de belleza y de conocimiento de que estaba manejando a los dos hombres, y poniendo a todos los oficiales prisioneros salvajemente en alerta, el conde podía leer esa acritud de insatisfacción y de ineficiencia. Y apartó la mirada hacia la cicatriz lívida en la mejilla del mayor.

—Conde Dionys, quería traer a mi marido a verlo. ¿Puedo presentárselo? Mayor Apsley... conde Dionys Psanek.

Los dos hombres se dieron la mano con bastante rigidez.

—Puedo simpatizar con que esté encerrado en este lugar —dijo Basil a su manera lenta y tranquila—. Lo odiaba, se lo aseguro, allá en el Este.

—Pero sus condiciones eran mucho peores que las mías —sonrió el conde.

—Bueno, tal vez lo fueran. Pero la prisión es la prisión, aunque fuera el cielo mismo.

—Lady Apsley ha sido el único ángel de mi cielo —sonrió el conde.

—Temo haber sido tan ineficiente como la mayoría de los ángeles —dijo ella.

La pequeña sonrisa nunca abandonó el rostro oscuro del conde. Era cierto, como ella había dicho, tenía la frente baja, el cabello negro creciendo bajo en su frente, y sus cejas formando un arco grueso sobre sus ojos oscuros, que tenían de nuevo largas pestañas negras. De modo que la parte superior de su rostro parecía muy oscura y negra. Su nariz era pequeña y algo translúcida. Había un toque de burla en él, que se intensificaba incluso por su pequeña y enérgica estatura. Todavía estaba cuidadosamente vestido con el uniforme azul oscuro, cuya raída condición no podía ocultar la oscura llama de vida que parecía brillar a través de la tela desde su cuerpo. No estaba delgado, pero aún tenía una curiosa translucidez morena de piel en su rostro de frente baja.

—¿Qué más habría sido usted? —se rio él, haciéndole ojos oscuros y equívocos.

—Oh, por supuesto, un ángel libertador... una heroína de cine —respondió ella, cerrando los ojos y volviendo la cara hacia un lado.

Todo el tiempo, el mayor alto y de rostro blanco observaba al hombrecito con un escrutinio fijo y medio sonriente. El conde pareció notarlo. Se volvió hacia el inglés.

—Me alegra poder felicitarlo, mayor Apsley, por su regreso seguro y feliz a su hogar.

—Gracias. Espero poder felicitarlo de la misma manera en poco tiempo.

—Oh, sí —dijo el conde—. En poco tiempo me enviarán de vuelta.

—¿Tiene alguna noticia de su familia? —interrumpió Daphne.

—Ninguna noticia —respondió él brevemente, con repentina gravedad.

—Parece que encontrará un buen lío allá en Austria —dijo Basil.

—Sí, probablemente. Es lo que teníamos que esperar —respondió el conde.

—Bueno, no lo sé. A veces las cosas resultan para mejor. Siento que eso es tan bueno como cierto en mi caso —dijo el mayor.

—¿Las cosas han resultado para mejor? —dijo el conde, con una entonación de cortés indagación.

—Sí. Solo para mí personalmente, quiero decir... para decirlo de manera bastante egoísta. Después de todo, lo que hemos aprendido es que un hombre solo puede hablar por sí mismo. Y siento que ha sido terrible, pero no ha sido en vano. Fue como una prueba por la que uno tenía que pasar —dijo Basil.

—¿Se refiere a la guerra?

—La guerra y todo lo que la acompañó.

—¿Y cuando ha pasado por la prueba? —preguntó cortésmente el conde.

—Pues, llegas a un estado superior de consciencia y, por lo tanto, de vida. Y así, por supuesto, a un plano superior de amor. Un plano de amor

sorprendentemente más alto, del que nunca antes habías sospechado la existencia.

El conde miró de Basil a Daphne, que estaba posando su cabeza un poco autoconscientemente.

—Entonces, de hecho, la guerra ha sido algo valioso —dijo él.

—¡Exactamente! —gritó Basil—. Soy otro hombre.

—¿Y Lady Apsley? —preguntó el conde.

—Oh —su marido se volvió hacia ella—, ella es absolutamente otra mujer... y mucho más maravillosa, más maravillosa.

El conde sonrió y se inclinó ligeramente.

—Cuando la conocimos hace diez años, habríamos dicho entonces que era imposible —dijo él— que fuera más maravillosa.

—¡Oh, totalmente! —respondió el marido—. Siempre parece imposible. Y lo imposible siempre está sucediendo. De hecho, creo que la guerra nos ha abierto otro círculo de vida... un anillo más amplio.

—Puede ser así —dijo el conde.

—¿Usted no lo siente así? —El mayor miró con su aguda y blanca atención el rostro oscuro y de frente baja del otro hombre. El conde miró sonriendo a Daphne.

—Todavía soy solo un prisionero, mayor, por lo tanto siento mi anillo bastante pequeño.

—Sí, por supuesto que sí. Por supuesto. Bueno, espero que no sea prisionero mucho más tiempo. Debe morirse por volver a su propio país.

—Sí, me alegrará ser libre. También —sonrió— echaré de menos mi prisión y mis visitas de los ángeles.

Ni siquiera Daphne podía estar segura de que se burlaba de ella. Era evidente que la visita le resultaba desagradable. Ella podía ver que no le gustaba Basil. Es más, podía sentir que la presencia de su marido alto, demacrado e idealista era odiosa para el hombrecito moreno. Pero él lo pasaba todo por alto con sonrisas y discursos educados.

Por otro lado, Basil estaba como fascinado por el conde. Lo observaba absorto todo el tiempo, olvidando por completo a Daphne. Ella lo sabía. Sabía que había salido completamente de la consciencia de su marido, como una lámpara que ha sido llevada a otra habitación. Allí estaba él completamente a oscuras, en lo que a ella concernía, y toda su atención enfocada en el otro hombre. En su rostro pálido y demacrado había una sonrisa fija de atención divertida.

—¿Pero no se aburre terriblemente —dijo él— entre las visitas?

El conde levantó la vista con una afectación de franqueza.

—No, no lo hago —dijo—. Puedo reflexionar, ya ve, sobre las cosas que suceden.

—Creo que ahí es donde entra el daño —respondió el mayor—. Uno se sienta y reflexiona, y está aislado de todo, y pierde su contacto con la realidad. Ese es el efecto que tuvo en mí ser prisionero.

—Contacto con la realidad... ¿qué es eso?

—Bueno... contacto con alguien, realmente... o con algo.

—¿Por qué debe uno tener contacto?

—Bueno, porque uno debe —dijo Basil.

El conde sonrió lentamente.

—Pero yo puedo sentarme y ver el destino fluir, como agua negra, en lo profundo de mi propia alma —dijo—. Siento que allí, en la oscuridad de mi propia alma, están sucediendo cosas.

—Puede ser. Pero pase lo que pase, es solo una cosa, realmente. Es un contacto entre tu propia alma y el alma de otro ser, o de muchos otros seres. Nada más le puede pasar al hombre. Así es como lo deduje para mí mismo. Puedo estar equivocado. Pero así es como lo deduje cuando estaba herido y prisionero.

El rostro del conde se había vuelto oscuro y serio.

—¿Pero es este contacto un fin en sí mismo? —preguntó.

—Bueno —dijo el mayor; se había licenciado en filosofía—, me parece que lo es. Resulta inevitablemente en alguna forma de actividad. Pero la

causa y el origen y el ímpetu vital de toda acción, actividad, ya sea constructiva o destructiva, me parece estar en el contacto dinámico entre seres humanos. Produces un cierto contacto dinámico entre hombres, y obtienes guerra. Otro tipo de contacto dinámico, y los tienes a todos construyendo una catedral, como hicieron en la Edad Media.

—¿Pero no era la guerra, o la catedral, el objetivo real, y el contacto emocional solo el medio? —dijo el conde.

—No lo creo —dijo el mayor, su curiosa pasión blanca comenzando a brillar a través de su rostro. Los tres estaban sentados en una pequeña sala de juegos, dejados solos por cortesía de los otros hombres. Daphne todavía estaba envuelta en sus oscuros ropajes, demasiado favorecedores. Pero, ay, ahora estaba sentada ignorada por ambos hombres. Podría haber sido una pequeña don nadie fea, por toda la atención que se le prestaba. Se sentó en el asiento de la ventana de la lúgubre habitación pequeña con una mirada de descontento en su rostro exótico y raro, que era como una delicada flor blanca y rosa de invernadero. De vez en cuando lanzaba largas y lentas miradas de hombre a hombre: de su marido, cuyo rostro pálido, intenso y resplandeciente estaba presionado hacia adelante a través de la mesa hacia el conde, que se recostaba en su silla, como en oposición, y cuyo rostro oscuro parecía concentrado en una mirada oscura y reacia. Su marido era completamente inconsciente de nada más que su propia identidad blanca. Pero el conde todavía tenía un grano de consciencia secundaria que rondaba y permanecía consciente de la mujer en el asiento de la ventana. La totalidad de su rostro y su atención hacia adelante estaban concentrados en Basil. Pero en algún lugar detrás de él seguía el rastro de Daphne. Ella estaba sentada inquieta, descontenta, como siempre se sientan las mujeres cuando los hombres están encerrados juntos en una combustión de palabras. Al mismo tiempo, seguía el argumento. Era curioso que, mientras su simpatía en este momento estaba con el conde, era en las palabras de su marido en las que creía como verdaderas. El contacto, el contacto emocional era la cosa real, el llamado "objetivo" era solo un subproducto. Incluso las guerras y las catedrales, en su mente, eran solo subproductos. La cosa real era lo que los guerreros y los constructores de catedrales habían tenido en común, como un gran sentimiento unificador: lo que sentían unos por otros, y por sus mujeres en particular, por supuesto.

—Hay muchos tipos de contacto, sin embargo —dijo Dionys.

—Bueno, sabe —dijo el mayor—, me parece que realmente solo hay un contacto supremo, el contacto del amor. Tenga en cuenta que el amor puede adoptar una variedad infinita de formas. Y en mi opinión, ninguna forma de amor es incorrecta, siempre que sea amor, y usted mismo honre lo que está haciendo. ¡El amor tiene una variedad extraordinaria de formas! Y eso es todo lo que hay en la vida, me parece. Pero le concedo que si niega la variedad del amor, niega el amor por completo. Si trata de especializar el amor en un conjunto de sentimientos aceptados, hiere el alma misma del amor. El amor debe ser multiforme, de lo contrario es solo tiranía, solo muerte.

—¿Pero por qué llamarlo a todo amor? —dijo el conde.

—Porque me parece que es amor: el gran poder que une a los seres humanos, sin importar cuál sea el resultado del contacto. Por supuesto que hay odio, pero el odio es solo el retroceso del amor.

—¿Cree que el antiguo Egipto se estableció sobre el amor? —preguntó Dionys.

—¡Vaya, por supuesto! Y tal vez el amor más multiforme y completo que el mundo haya visto. Todo lo que sufrimos ahora es que nuestra forma de amar es estrecha, exclusiva y, por lo tanto, no es amor en absoluto; más bien muerte y tiranía.

El conde sacudió lentamente la cabeza, sonriendo lentamente y como con tristeza.

—No —dijo—. No. No sirve de nada. Debe usar otra palabra que no sea amor.

—No estoy de acuerdo en absoluto —dijo Basil.

—¿Qué palabra entonces? —espetó Daphne.

El conde la miró.

—Obediencia, sumisión, fe, creencia, responsabilidad, poder —dijo lentamente, escogiendo las palabras despacio, como si buscara lo que quería y nunca lo encontrara del todo. Miró con sus tranquilos ojos oscuros a los ojos de ella. Era curioso, le disgustaban intensamente sus palabras, pero él le gustaba. Por otro lado, creía absolutamente lo que decía su marido, pero su simpatía física estaba en contra de él.

—¿Estás de acuerdo, Daphne? —preguntó Basil.

—Ni un poco —respondió ella, con una mirada pesada hacia su marido.

—Ni yo —dijo Basil—. Me parece que si amas, no hay obediencia ni sumisión, excepto al alma del amor. Si te refieres a obediencia, sumisión y todo lo demás, al alma del amor misma, estoy totalmente de acuerdo. Pero si te refieres a obediencia, sumisión de una persona a otra, y un hombre teniendo poder sobre otros... no estoy de acuerdo, y nunca lo estaré. Me parece que es justo ahí donde nos hemos equivocado. El Káiser Guillermo II quería poder...

—No, no —dijo el conde—. Era un charlatán. No tenía ninguna concepción de lo sagrado del poder.

—Demostró ser muy peligroso.

—Oh, sí. Pero la paz puede ser aún más peligrosa.

—Dígame, entonces. ¿Cree que usted, como aristócrata, debería tener poder feudal sobre unos cientos de otros hombres, que resultan haber nacido siervos, o no aristócratas?

—No como un aristócrata hereditario, sino como un hombre que es por naturaleza un aristócrata —dijo el conde—, es mi deber sagrado sostener las vidas de otros hombres en mis manos y dar forma al resultado. Pero nunca podré cumplir mi destino hasta que los hombres pongan voluntariamente sus vidas en mis manos.

—No espera que lo hagan, ¿verdad? —sonrió Basil.

—En este momento, no.

—¡O en cualquier momento! —El mayor fue sarcástico.

—En un momento determinado, los hombres que estén realmente vivos vendrán suplicando poner sus vidas en manos de los hombres más grandes entre ellos, suplicando a los hombres más grandes que asuman la sagrada responsabilidad del poder.

—¿Eso cree? Tal vez quiere decir que los hombres por fin comenzarán a elegir líderes a quienes amarán —dijo Basil—. Desearía que lo hicieran.

—No, quiero decir que por fin se entregarán ante hombres que son más grandes que ellos: se convertirán en vasallos por elección.

—¡Vasallos! —exclamó Basil, sonriendo—. Todavía está en las eras feudales, conde.

—Vasallos. No de ningún aristócrata hereditario... Hohenzollern o Habsburgo o Psanek —sonrió el conde—. Sino del hombre cuya alma nace única, capaz de estar sola, de elegir y de mandar. Por fin las masas vendrán a tales hombres y dirán: "Ustedes son más grandes que nosotros. Sean nuestros señores. Tomen nuestra vida y nuestra muerte en sus manos, y dispongan de nosotros según su voluntad. Porque vemos una luz en su rostro, y ardiendo en su boca".

El mayor sonrió durante muchos momentos, realmente picado y divertido, observando al conde, que no se inmutó.

—Digo, debe ser terriblemente ingenuo, conde, si cree que las masas modernas van a comportarse alguna vez así. Le aseguro que nunca lo harán.

—Si lo hicieran —dijo el conde—, ¿lo llamaría un nuevo reino de amor, o algo más?

—Bueno, por supuesto, contendría un elemento de amor. Tendría que haber un elemento de amor en su sentimiento por sus líderes.

—¿Eso cree? Pensé que el amor asumía una igualdad en la diferencia. Pensé que el amor daba a cada hombre el derecho a juzgar los actos de otros hombres: "Esto no fue un acto de amor, por lo tanto estuvo mal". ¿No da la democracia, y el amor, a cada hombre este derecho?

—Ciertamente —dijo Basil.

—Ah, pero mi aristócrata elegido diría a quienes lo eligieron: "Si me eligen, renuncian para siempre a su derecho a juzgarme. Si verdaderamente han elegido seguirme, han rechazado con ello todo su derecho a criticarme. Ya no pueden ni aprobarme ni desaprobarme. Han realizado el acto sagrado de la elección. De ahora en adelante solo pueden obedecer".

—No podrían evitar criticar, a pesar de todo —dijo Daphne, espetando su opinión.

Él la miró lentamente y, por primera vez en su vida, ella dudó de lo que estaba diciendo.

—El día de Judas —dijo él— termina con el día del amor.

Basil despertó de una especie de trance.

—Creo, por supuesto, conde —dijo—, que es una idea terriblemente divertida. Un retroceso directo a la Edad Media.

—No es así —dijo el conde—. Los hombres —la masa de los hombres— nunca antes fueron libres para realizar el acto sagrado de la elección. Hoy... pronto... pueden ser libres.

—Oh, no lo sé. Muchas tribus eligieron a sus reyes y jefes.

—Los hombres nunca antes han sido completamente libres para elegir: y para saber lo que están haciendo.

—¿Quiere decir que solo se han hecho libres para cargarse voluntariamente con nuevos señores y amos?

—Eso quiero decir.

—En resumen, ¿la vida es solo un círculo vicioso?

—En absoluto. Un círculo cada vez más amplio, como usted dice. Siempre más maravilloso.

—Bueno, es todo espantosamente interesante y divertido... ¿no crees, Daphne? Por cierto, conde, ¿dónde estarían las mujeres? ¿Se les permitiría criticar a sus maridos?

—Solo antes del matrimonio —sonrió el conde—. No después.

—¡Espléndido! —dijo Basil—. Estoy totalmente a favor de esa parte de su plan, conde. Espero que estés escuchando, Daphne.

—Oh, sí. Pero entonces yo solo me he casado contigo, tengo mi derecho a criticar a todos los demás hombres —dijo ella con voz sorda y enojada.

—¡Exactamente! ¡Qué lista eres! ¡Así que el conde no se librará! Bueno, ahora, ¿qué piensas del plan aristocrático del conde para el futuro, Daphne? ¿Lo apruebas?

—En absoluto. Pero entonces los hombres pequeños siempre han querido poder —dijo ella cruelmente.

—Oh, los hombres grandes también, para el caso —dijo Basil, conciliador.

—Me han dicho antes —sonrió el conde— que los hombres pequeños siempre son mandones. ¿Temo haber ofendido a Lady Daphne?

—No —dijo ella—. Realmente no. Estoy divertida, en realidad. Pero siempre me disgusta cualquier sugerencia de intimidación.

—De hecho, a mí también —dijo él.

—El conde no se refería a intimidación, Daphne —dijo Basil—. Vamos, realmente hay una distinción permisible entre poder responsable e intimidación.

—Cuando los hombres se ponen de acuerdo sobre ello —dijo ella.

Estaba altiva y enojada, como si tuviera miedo de perder algo. El conde le sonrió con picardía.

—¿Está ofendida, Lady Daphne? ¿Pero por qué? Está a salvo de cualquier chispa de mi peligrosa y extensa autoridad.

Basil estalló en una carcajada.

— Es bastante gracioso, que usted hable de poder y de no ser criticado —dijo—. Pero me gustaría oír más: me gustaría oír más.

Mientras conducían a casa, le dijo a su esposa:

—Sabes, me gusta ese hombrecito. Es un gallito curioso. Y te hace pensar.

Lady Daphne se congeló a cuatro grados bajo cero bajo el viento del norte de esta afirmación, y no se le pudo sacar ni una palabra más.

Curiosamente, ahora era Basil quien se sentía atraído por el conde, y Daphne quien sentía repulsión. No es que estuviera tan atada a su marido. En absoluto. Se sentía bastante dolorida contra los hombres en general. Pero como sucede tan a menudo, en esta vida basada en el triángulo perverso, Basil solo podía seguir su entusiasmo por el conde en presencia de su esposa. Cuando los dos hombres estaban solos, se sentían torpes, resistentes,

apenas podían decirse una docena de palabras el uno al otro. Sin embargo, cuando Daphne estaba allí para completar el circuito de las corrientes opuestas, las cosas iban como una casa en llamas.

Esto, sin embargo, no era mucho consuelo para Lady Daphne. Simplemente sentarse como un medio pasivo entre dos hombres que se disparan tonterías filosóficas el uno al otro: ¡no, no era suficiente! Casi odiaba al conde: hombrecito de frente baja, perteneciente a la raza de los esclavos prehistóricos. Pero su rencor contra su marido de rostro blanco y espiritualmente intenso era agudo como el vinagre. Decepcionada: estaba decepcionada entre el par de ellos.

¿Qué seguía? Bueno, lo que siguió fue enteramente culpa de Basil. El invierno estaba pasando: era obvio que la guerra había terminado realmente, que Alemania estaba acabada. El Hohenzollern se había apagado como un cohete muy pobre, el Habsburgo estallaba débilmente en la oscuridad, el Romanov fue borrado sin un chisporroteo. Hasta aquí la realeza imperial. De ahora en adelante, paz democrática.

El conde, por supuesto, sería enviado de vuelta ahora como mercancía devuelta que ya no tenía mercado. Había una paz mundial por delante. Una semana o dos, y Voynich Hall estaría vacío.

Basil, sin embargo, no podía dejar que las cosas siguieran su curso simple. Estaba terriblemente intrigado por el conde. Quería entretenerlo como invitado antes de que se fuera. Y el mayor Apsley podía conseguir cualquier cosa razonable en este momento. Así que obtuvo permiso para que el pobre y pequeño conde se quedara quince días en Thoresway, antes de ser enviado de vuelta a Austria. El conde Beveridge, cuya alma estaba negra como la tinta desde la guerra, nunca habría permitido que el pequeño enemigo extranjero entrara en su casa, si no hubiera sido por el odio que se había despertado en él, durante los últimos dos años, por el espectáculo degradante de los llamados patriotas que habían estado aullando su indecencia mestiza a la cara del público. Estos mestizos habían mantenido a la prensa y al público británico en suspenso durante casi dos años. Su único objetivo era degradar y humillar cualquier cosa orgullosa o digna que quedara en Inglaterra. Fue casi la peor pesadilla de todas, esta salida a la superficie de un montón de inmundicia pública que estaba decidida a asfixiar las almas de todos los hombres dignos.

Por lo tanto, el conde, que nunca tuvo la intención de ser inundado por escoria inmunda, pasara lo que pasara con él, clavó los talones en el suelo y se mantuvo sobre sus propios pies. Cuando Basil le dijo, si permitiría que el conde tuviera una quincena de paz decente en Thoresway antes de que todo terminara, Lord Beveridge dio un lento consentimiento, escándalo o no escándalo. De hecho, fue realmente para desafiar el escándalo que dio tal paso. Porque el pensamiento de sus hijos muertos era amargo para él: y el pensamiento de Inglaterra caída bajo las garras de mestizos malolientes era aún más amargo.

Lord Beveridge estaba en Thoresway para recibir al conde, que llegó escoltado por Basil. El conde inglés era un hombre grande y guapo, bastante pesado, con un rostro oscuro y sombrío que habría sido altivo si la altivez no se hubiera vuelto tan ridícula. Era un hombre apasionado, con la sensibilidad, generosidad y prepotencia instintiva de un hombre apasionado. Pero su naturaleza oscura y apasionada, y su sensibilidad violenta habían sido sometidas ahora a cincuenta y cinco años de sutil represión, condena, repudio, hasta que casi había llegado a creer en su propia incorrección. Su pequeña y frágil esposa, toda amor por la humanidad, ella era el artículo genuino. Él mismo estaba etiquetado como egoísta, sensual, cruel, etc., etc. Así que ahora siempre parecía estar apartado, en la sombra, dejándose oblit-erar por la chusma pálida de la prisa democrática. Esa era la impresión que daba de un hombre retrocediendo, medio avergonzado, medio altivo, semi-oculto en el fondo oscuro.

Estaba un poco a la defensiva cuando Basil entró con el conde.

— Ah... ¿cómo está, conde Psanek? — dijo, dando grandes zancadas hacia adelante y tendiendo la mano. Porque era el padre de Daphne, el conde sintió cierta ternura por el taciturno inglés.

— Me hace demasiado honor, mi señor, recibéndome en su casa — dijo el pequeño conde con orgullo.

El conde lo miró lentamente, sin hablar: parecía mirarlo desde arriba, en todos los sentidos de las palabras.

— Todavía somos hombres, conde. No somos bestias del todo.

— ¿Desea decir que mis compatriotas son tan casi bestias, Lord Beveridge? — sonrió el conde, curvando su fina nariz.

De nuevo el conde fue lento en responder.

—Tiene una baja opinión de mis modales, conde Psanek.

—Pero tal vez una justa apreciación de su significado, Lord Beveridge —sonrió el conde, con la misma mirada imprudente de desprecio en su nariz.

Lord Beveridge se puso rojo oscuro, con toda su ira nativa ofendida.

—Me alegra que el conde Psanek me aclare mi propio significado —dijo.

—Le pido perdón mil veces, mi señor, si ofendo al hacerlo —respondió el conde.

El conde se puso negro y se sintió un tonto. Le dio la espalda al conde Psanek. Y luego se volvió de nuevo, ofreciendo su pitillera.

—¿Fuma? —dijo. Había amabilidad en su tono.

—Gracias —dijo el conde, tomando un cigarro.

—Me atrevo a decir —dijo Lord Beveridge— que todos los hombres son bestias de alguna manera. Temo haber caído en el hábito común de hablar de memoria, y no lo que realmente quiero decir. ¿No toma asiento?

—Es solo como prisionero que he aprendido que no soy verdaderamente una bestia. No, soy yo mismo. No soy una bestia —dijo el conde, sentándose.

El conde lo miró con curiosidad.

—Bueno —dijo, sonriendo—, supongo que es mejor llegar a una decisión al respecto.

—Es necesario, si uno quiere estar a salvo de la vulgaridad.

El conde sintió una punzada de acusación. Con sus ojos marrón ágata de aspecto duro observó al pequeño conde de cejas negras.

—Probablemente tenga razón —dijo.

Pero volvió la cara hacia un lado.

Eran cinco personas en la cena; Lady Beveridge estaba allí como anfitriona.

— Ah, conde Dionys —dijo ella con un suspiro— , ¿realmente siente que la guerra ha terminado?

— Oh, sí —respondió él rápidamente—. Esta guerra ha terminado. Los ejércitos se irán a casa. Sus cañones no sonarán más. Nunca más como esto.

— Ah, eso espero —suspiró ella.

— Estoy seguro —dijo él.

— ¿Cree que no habrá más guerra? —dijo Daphne.

Por alguna razón se había puesto muy elegante, con su vestido más nuevo de plata y negro y chenilla rosa, con los hombros desnudos y el cabello peinado a la moda. El conde en su uniforme raído se volvió hacia ella. Ella estaba nerviosa, apresurada. Su delgado brazo blanco estaba cerca de él, con el trozo de plata en el hombro. Su piel era blanca como una flor de invernadero. Sus labios se movieron apresuradamente.

— Una guerra como esta no habrá nunca más —dijo él.

— ¿Qué le hace estar tan seguro? —respondió ella, mirándole a los ojos.

— La máquina de la guerra se ha escapado de nuestro control. Nunca la pondremos en marcha de nuevo, hasta que se haya hecho pedazos. Tendremos miedo.

— ¿Todo el mundo tendrá miedo? —dijo ella, mirando hacia abajo y echando la barbilla hacia atrás.

— Creo que sí.

— Esperemos que sí —dijo Lady Beveridge.

— ¿Le importa si le pregunto, conde —dijo Basil— , qué siente sobre la forma en que ha terminado la guerra? La forma en que ha terminado para usted , quiero decir.

— ¿Quiere decir que Alemania y Austria han perdido la guerra? Estaba destinado a ser así. Todos hemos perdido la guerra. Toda Europa.

— Estoy de acuerdo ahí —dijo Lord Beveridge.

— ¿Todos hemos perdido la guerra? —dijo Daphne, volviéndose para mirarlo.

Había dolor en su rostro oscuro y de frente baja. Sufría teniendo a la mujer sensible a su lado. Su piel tenía una delicadeza de invernadero que le hacía dar vueltas a la cabeza. Sus hombros eran anchos, bastante delgados, pero la piel era blanca y tan sensible, tan delicada de invernadero. Le afectaba como el perfume de alguna flor blanca y exótica. Y ella parecía estar enviando su corazón hacia él. Era como si quisiera presionar su pecho contra el de él. Desde el pecho lo amaba, y le enviaba amor. Y eso lo hacía infeliz; quería estar tranquilo y mantener su honor ante estos anfitriones.

Él la miró a los ojos, sus propios ojos oscuros de conocimiento y dolor. Ella, en su silencio y sus breves palabras, parecía mantenerlos a todos bajo su hechizo. Parecía haber lanzado un cierto mutismo sobre la mesa, en medio del cual permanecía silenciosamente dueña, inclinándose hacia su plato y dominándolos silenciosamente a todos.

—¿Que si no creo que todos hemos perdido la guerra? —respondió él, en respuesta a su pregunta—. Fue una guerra de suicidio. Nadie podía ganarla. Fue un suicidio para todos nosotros.

—Oh, no lo sé —respondió ella—. ¿Qué hay de América y Japón?

—Ellos no cuentan. Solo nos ayudaron a nosotros a cometer suicidio. No entraron vitalmente.

Había tal expresión de dolor en su rostro, y tal sonido de dolor en su voz, que los otros tres cerraron sus oídos, desconectándose de la atención. Solo Daphne le hacía hablar. Era ella quien le estaba sacando el alma, tratando de leer el futuro en él como los augures leían el futuro en las entrañas temblorosas de la bestia sacrificada. Ella miró directamente a su rostro, buscando en su alma.

—¿Cree que Europa ha cometido suicidio? —dijo ella.

—Moralmente.

—¿Solo moralmente? —llegaron sus palabras lentas, como de bronce, tan fatales.

—Eso es suficiente —sonrió él.

—Ciertamente —dijo ella, con una lenta caída de párpados. Luego volvió la cara hacia otro lado. Pero él sintió el corazón estrangulándose dentro de

su pecho. ¿Qué estaba haciendo ella ahora? ¿Qué estaba pensando? Ella lo llenaba de incertidumbre y de un miedo inquietante.

—Al menos —dijo Basil—, esos cañones infernales están callados.

—Para siempre —dijo Dionys.

—Desearía poder creerle, conde —dijo el mayor.

La conversación se volvió más general, o más personal. Lady Beveridge le preguntó a Dionys sobre su esposa y familia. Él no sabía nada salvo que se habían ido a Hungría en 1916, cuando su propia casa fue incendiada. Su esposa podría incluso haberse ido a Bulgaria con el príncipe Bogorik. No lo sabía.

—¿Pero sus hijos, conde! —gritó Lady Beveridge.

—No lo sé. Probablemente en Hungría, con su abuela. Iré cuando regrese.

—¿Pero nunca ha escrito? ¿Nunca ha preguntado?

—No podía escribir. Sabré lo suficiente pronto... todo.

—¿No tiene ningún hijo varón?

—No. Dos niñas.

—¡Pobres cosas!

—Sí.

—Diga, ¿no es una cosa extraña tener una mariquita en su escudo? —preguntó Basil, para animar la conversación.

—¿Por qué extraño? Carlomagno tenía abejas. Y es un Marienkäfer ... un escarabajo de María. El escarabajo de Nuestra Señora. Creo que es un insecto bastante heráldico, mayor —sonrió el conde.

—¿Está orgulloso de ello? —dijo Daphne, volviéndose repentinamente para mirarlo de nuevo, con su mirada lenta y preñada.

—Lo estoy, sabe. Tiene una genealogía tan larga, nuestro escarabajo manchado. Mucho más larga que los Psanek. Creo, sabe, que es descendiente del escarabajo egipcio, que es un emblema muy misterioso. Así que me conecto con los faraones: justo a través de mi mariquita.

—Siente que su mariquita se ha arrastrado a través de tantas épocas — dijo ella.

—¡Imagínese! —rio él.

—El escarabajo es un insecto picante —dijo Basil.

—¿Conoce a Fabre? —intervino Lord Beveridge—. Sugiere que el escarabajo rodando una pequeña bola de estiércol ante él, en un viejo campo seco, debe haber sugerido a los egipcios el Primer Principio que puso el globo a rodar. Y así el escarabajo se convirtió en el símbolo del principio creativo... o algo así.

—Que la tierra es una pequeña bola de estiércol seco es bueno —dijo Basil.

—Entre las garras de una mariquita —añadió Daphne.

—Eso es lo que es, volver al origen de uno —dijo Lady Beveridge.

—Tal vez querían decir que fue el principio de descomposición lo que primero puso la bola a rodar —dijo el conde.

—La bola tendría que estar allí primero —dijo Basil.

—Ciertamente. Pero no había empezado a rodar. Entonces el principio de descomposición la puso en marcha. —El conde sonrió como si fuera una broma.

—No soy egiptóloga —dijo Lady Beveridge—, así que no puedo juzgar.

El conde y la condesa Beveridge se fueron al día siguiente. El conde Dionys se quedó con los dos jóvenes en la casa. Era una hermosa mansión isabelina, no muy grande, pero con esas habitaciones mágicas que son todo un centelleo de ventanas de paneles pequeños, mirando hacia afuera desde el oscuro interior panelado. El interior era acogedor, panelado hasta el techo, y el techo moldeado y tocado con oro. Y luego el gran arco cuadrado de la ventana con sus pequeños paneles interviniendo como magia entre uno mismo y el mundo exterior, el escudo en vidrieras coronando su color, el amplio asiento de la ventana acolchado en verde desteñido. Dionys deambulaba por la casa como un pequeño fantasma, a través de la sucesión de pequeñas y grandes salas de estar centelleantes y salones en el frente, por el largo y ancho pasillo con el amplio descansillo de la escalera en cada ex-

tremo, y subiendo por las estrechas escaleras a los dormitorios de arriba, y hacia el tejado.

Era principios de primavera, y le encantaba sentarse en el tejado de plomo, gris pálido, que tenía sus extraños asientos y pendientes, un pequeño mundo pálido en sí mismo. Luego mirar hacia abajo sobre el jardín y el césped inclinado hacia los estanques rodeados de árboles, y a lo lejos hacia los olmos y surcos y setos de los condados. A la izquierda de la casa estaba la granja, con almiares y graneros de grandes tejados y ganado rojo oscuro. A lo lejos, a la derecha, más allá del parque, había un pueblo entre árboles y la chispa de una aguja de iglesia gris.

Le gustaba estar solo, sintiendo su alma pesada con su propio destino. Se sentaba durante horas observando los olmos parados en filas como gigantes, como guerreros a través del campo. El conde le había dicho que los romanos habían traído estos olmos a Gran Bretaña. Y le parecía ver el espíritu de los romanos en ellos todavía. Sentado allí solo bajo el sol de primavera, en la soledad del tejado, veía el encanto de esta Inglaterra de setos y olmos, y los labradores con caballos lentos perforando lentamente el terrón, cruzando el surco marrón; y los tejados del pueblo, con el campanario de la iglesia alzándose junto a un gran tejo negro; y el damero de campos a lo lejos en la distancia.

Y el encanto de la vieja mansión a su alrededor, el jardín con sus muros de piedra gris y setos de tejo — anchos, anchos setos de tejo y un pavo real deteniéndose para brillar y gritar en el ajetreado silencio de una primavera inglesa, cuando las celidonias abren su amarillo bajo los setos, y las violetas están en el secreto, y por los anchos senderos del jardín las primulas y los azafranes varían el terciopelo y la llama, y trozos de alhelí amarillo se agitan irregularmente, con un maravilloso triunfo, fuera de las grietas del muro. Había un redil en algún lugar cerca, y podía oír el balido agudo de los corderos en crecimiento, y el balido más profundo y contento de las ovejas.

Este era el hogar de Daphne, donde había nacido. Lo amaba con un dolor de afecto. Pero ahora era difícil olvidar a sus hermanos muertos. Deambulaba bajo el sol, con dos perros viejos caminando tras ella. Hablaba con todo el mundo: jardinero, mozo de cuadra, encargado del establo, con los peones de la granja. Eso llenaba una gran parte de su vida: vagar hablando con la gente trabajadora. Eran, por supuesto, respetuosos con ella, pero no le

tenían miedo en absoluto. Sabían que era pobre, que no podía permitirse un coche, ni nada. Así que hablaban con ella muy libremente: tal vez demasiado libremente. Sin embargo, ella lo permitía. Era su única pasión en Thoresway oír a los dependientes hablar y hablar, sobre todo. La curiosa sensación de intimidad a través de una brecha la fascinaba. Sus vidas la fascinaban: lo que pensaban, lo que sentían. Esto, lo que sentían. Eso la fascinaba. Había un guardabosque al que podría haber amado: un tipo insolente, de cara rubicunda, risueño, congraciador; podría haberlo amado, si él no hubiera estado aislado más allá de la brecha de su nacimiento, su cultura, su consciencia. Su consciencia parecía crear un gran abismo entre ella y las clases bajas, las clases inconscientes. Lo aceptaba como su condena. Nunca podría encontrarse en contacto real con nadie más que con un ser superconsciente y acabado como ella misma: o como su marido. Su padre tenía algo del calor de sangre inconsciente de las clases bajas. Pero era como un hombre condenado. Y el conde, por supuesto. El conde tenía algo que era caliente e invisible, una oscura llama de vida que podría calentar el frío fuego blanco de su propia sangre. Pero...

Se evitaban mutuamente. Los tres se evitaban unos a otros. Basil también se iba solo. O se sumergía en la poesía. A veces él y el conde jugaban al billar. A veces los tres caminaban por el parque. A menudo Basil y Daphne caminaban al pueblo, para echar el correo. Pero verdaderamente, se evitaban unos a otros, los tres. Los días pasaban.

Por la noche se sentaban juntos en la pequeña sala oeste que tenía libros y un piano y muebles cómodos y raídos de tapicería color rosa desteñido: una habitación raída. A veces Basil leía en voz alta: a veces el conde tocaba el piano. Y hablaban. Y Daphne puntada a puntada continuaba con una gran colcha bordada, que podría terminar si vivía lo suficiente. Pero siempre se iban a la cama temprano. Casi siempre se evitaban unos a otros.

Dionys tenía un dormitorio en la bahía este, muy lejos de las habitaciones de los demás. Tenía la costumbre, cuando estaba completamente solo, de cantar, o más bien tararear para sí mismo las viejas canciones de su infancia. Era solo cuando sentía que estaba completamente solo: cuando otras personas parecían desvanecerse de él, y todo el mundo parecía disolverse en la oscuridad, y no había nada más que él mismo, su propia alma, viva en medio de su propia pequeña noche, aislada para siempre. Entonces, medio inconsciente, tarareaba con una voz pequeña, aguda y apretada, una especie

de voz de sueño alta, las canciones de su dialecto infantil. Era un ruido curioso: el sonido de un hombre que está solo en su propia sangre: casi el sonido de un hombre que va a ser ejecutado.

Daphne oyó el sonido una noche cuando bajaba las escaleras de nuevo con la linterna del pasillo para buscar un libro. Dormía mal, y sus noches eran una tortura para ella. Ella también, como una neurótica, estaba clavada dentro de su propia autoconciencia irritable. Pero tenía un oído muy agudo. Así que se sobresaltó al oír el pequeño sonido, parecido al de un murciélago, del conde cantando para sí mismo. Se paró en medio del ancho pasillo, que era ancho como una habitación, alfombrado con una alfombra de color lavanda desteñido, con una pieza de mueble oscuro macizo a intervalos junto a la pared, y un sillón de roble y a veces una alfombra oriental rojiza y desteñida. La gran linterna de cuerno que estaba por las noches al final del pasillo la sostenía en su mano. El intenso sonido "piante" del conde, como una brujería, le hizo olvidar todo. No podía entender una palabra, por supuesto. Ni siquiera podía entender el ruido. Después de escuchar durante mucho tiempo, continuó bajando las escaleras. Cuando regresó de nuevo, él estaba quieto y la luz había desaparecido de debajo de su puerta.

Después de esto, se convirtió casi en una obsesión para ella escucharlo. Esperaba con impaciencia irritable las diez en punto, cuando podía retirarse. Esperaba con más irritación aún a que la doncella la dejara y a que su marido viniera a darle las buenas noches. Basil tenía la habitación al otro lado del pasillo. Y luego, con impaciencia resentida, esperaba a que los sonidos de la casa se calmaran. Entonces abría su puerta para escuchar.

Y muy lejos, como desde muy, muy lejos en lo invisible, como un sonido de ventrílocuo o el pío inquietante de un murciélago, llegaba el frágil, casi inaudible sonido del conde cantando para sí mismo antes de irse a la cama. Era inaudible para cualquiera menos para ella. Pero ella, por concentración, parecía oír sobrenaturalmente. Tenía un sillón bajo junto a la puerta, y allí, envuelta en un enorme chal de seda negra viejo, se sentaba y escuchaba. Al principio no podía oír. Es decir, podía oír el sonido. Pero era solo un sonido. Y luego, gradualmente, gradualmente comenzaba a seguir el hilo de este. Era como un hilo que seguía fuera del mundo: fuera del mundo. Y mientras iba, lentamente, por grados, lejos, muy lejos, bajando por el fino hilo de su canto, conocía la paz, conocía el olvido. Podía pasar más allá del mundo,

lejos más allá donde su alma se equilibraba como un pájaro sobre alas, y se perfeccionaba.

Así era, en su espíritu superior. Pero por debajo había un anhelo salvaje, salvaje, de ir realmente, de ser entregada realmente. De ir realmente, de morir realmente la muerte, de cruzar realmente la frontera y haberse ido, haberse ido. Haberse ido de esta ella misma, de esta Daphne, haberse ido de padre y madre, hermanos y marido, y hogar y tierra y mundo: haberse ido. Haberse ido a la llamada del más allá: la llamada. Era el conde llamando. Él la estaba llamando. Ella estaba segura de que la estaba llamando. Fuera de sí misma, fuera de su mundo, él la estaba llamando.

Dos noches se sentó justo dentro de su habitación, junto a la puerta abierta, y escuchó. Luego, cuando él terminaba, se dormía, un sueño extraño, ligero, hechizado. Durante el día estaba hechizada. Se sentía extraña y ligera, como si le hubieran quitado la presión de su alrededor. Alguna presión había estado aferrada a ella toda su vida. Nunca se había dado cuenta hasta ahora; ahora había sido eliminada, y sus pies se sentían tan ligeros, y su respiración delicada y exquisita. Siempre había habido una presión contra su respiración. Ahora respiraba delicada y exquisita, de modo que era un deleite respirar. La vida entraba en respiraciones exquisitas, rápidamente, como si se deleitara en venir a ella.

La tercera noche él guardó silencio, aunque ella esperó y esperó hasta la madrugada. Estaba en silencio, no cantaba. Y entonces ella conoció el terror y la negrura del sentimiento de que él podría no cantar nunca más. Esperó como una condenada, durante todo el día. Y cuando llegó la noche tembló. Era su mayor terror nervioso, no fuera que su hechizo se rompiera y fuera arrojada de vuelta a lo que era antes.

Llegó la noche, y la especie de desmayo sobre ella. Sí, y la llamada desde la noche. ¡La llamada! Se levantó impotente y se apresuró por el pasillo. La luz estaba debajo de su puerta. Se sentó en el gran sillón de roble que estaba cerca de su puerta, y se acurrucó apretada en su chal negro. El pasillo estaba tenue con la gran luz amarilla de la linterna tachonada de estrellas. A lo lejos podía ver la luz de la lámpara en su puerta; había dejado su puerta entreabierta.

Pero no veía nada. Solo se envolvía cerca en el chal negro y escuchaba el sonido desde la habitación. Llamaba. ¡Oh, la llamaba! ¿Por qué no podía ir?

¿Por qué no podía cruzar a través de la puerta cerrada?

Entonces el ruido cesó. Y luego la luz se apagó, debajo de la puerta de su habitación. ¿Debía volver? ¿Debía volver? Oh, imposible. Tan imposible como que la luna volviera sobre sus pasos, una vez que ha salido. Daphne siguió sentada, envuelta en su chal negro. Si debía ser así, seguiría sentada durante toda la eternidad. Regresar nunca podría.

Y entonces comenzó la canción más terrible de todas. Comenzó con un sonido bastante lúgubre, lento y horrible, como la muerte. Y luego, de repente, vino una llamada real: aflautada, y una especie de silbido y un extraño zumbido en los cambios, muy imperativo y completamente inhumano. Daphne se puso de pie. Y en el mismo momento se elevó el latido silbante de una convocatoria fuera del gemido de muerte.

Daphne llamó baja y rápidamente a la puerta.

— ¡Conde! ¡Conde! —susurró. El sonido dentro cesó. La puerta se abrió de repente. La figura pálida y oscura de Dionys.

— ¡Lady Daphne! —dijo él con asombro, apartándose automáticamente.

— Llamaste —murmuró ella rápidamente, y pasó decidida a su habitación.

— No, no llamé —dijo él suavemente, con la mano en la puerta todavía.

— Cierra la puerta —dijo ella abruptamente.

Él hizo lo que se le ordenó. La habitación estaba en completa oscuridad. No había luna afuera. Ella no podía verlo.

— ¿Dónde puedo sentarme? —dijo ella abruptamente.

— La llevaré al sofá —dijo él, extendiendo la mano y tocándola en la oscuridad. Ella se estremeció.

Encontró el sofá y se sentó. Estaba completamente oscuro.

— ¿Qué estás cantando? —dijo ella rápidamente.

— Lo siento mucho. No pensé que nadie pudiera oír.

— ¿Qué era lo que estabas cantando?

— Una canción de mi país.

—¿Tenía letra?

—Sí, es una mujer que era un cisne, y que amaba a un cazador junto al pantano. Así que se convirtió en mujer y se casó con él y tuvo tres hijos. Entonces, en la noche, una noche, el rey de los cisnes la llamó para que volviera, o de lo contrario él moriría. Así que lentamente se convirtió en cisne de nuevo, y lentamente abrió sus anchas, anchas alas, y dejó a su marido y a sus hijos.

Hubo silencio en la habitación oscura. El conde se había sobresaltado realmente, sacado de su estado de ánimo de la canción al estado de ánimo diurno de la convención humana. Estaba angustiado y avergonzado por la presencia de Daphne en su habitación oscura. Ella, sin embargo, siguió sentada y no hizo ningún sonido. Él también se sentó en una silla junto a la ventana. Estaba oscuro por todas partes. Un viento soplaba en ráfagas afuera. No podía ver nada dentro de su habitación: solo la tenue, muy tenue franja de luz debajo de la puerta. Pero podía sentir su presencia en la oscuridad. Era inquietante, sentirla cerca en la oscuridad, y no ver ninguna señal de ella, ni oír ningún sonido.

Ella había sido herida en su estado hechizado por el contacto con el ser humano cotidiano en él. Pero ahora comenzaba a recaer en su hechizo, mientras estaba sentada allí en la oscuridad. Y él también, en el silencio, sintió que el mundo se alejaba de él una vez más, dejándolo una vez más solo en una tierra oscurecida, sin nada entre él y el espacio oscuro infinito. Excepto ahora la presencia de ella. Oscuridad respondiendo a la oscuridad, y profundidad respondiendo a la profundidad. Una respuesta, cerca de él, e invisible.

Pero no sabía qué hacer. Se quedó quieto y en silencio como ella estaba quieta y en silencio. La oscuridad dentro de la habitación parecía viva como la sangre. No tenía poder para moverse. La distancia entre ellos parecía absoluta.

Entonces, de repente, sin saberlo, cruzó en la oscuridad, buscando el extremo del sofá. Y se sentó junto a ella en el sofá. Pero no la tocó. Tampoco ella se movió. La oscuridad fluía a su alrededor espesa como sangre, y el tiempo parecía disuelto en ella. Estaban sentados con la pequeña e invisible distancia entre ellos, inmóviles, sin habla, sin pensamientos.

Entonces, de repente, él sintió que las yemas de los dedos de ella tocaban su brazo, y una llama lo recorrió que no lo dejó ser más un hombre. Era algo sentado en llamas, en llamas inconscientes, sentado erguido, como un Rey-dios egipcio en las estatuas. Las yemas de los dedos de ella se deslizaron hacia abajo por él, y ella misma se deslizó hacia abajo en un extraño y silencioso torrente, y él sintió su rostro contra sus pies y tobillos cerrados, sus manos presionando sus tobillos. Sintió su frente y su cabello contra sus tobillos, su rostro contra sus pies, y allí se aferró en la oscuridad, como si estuviera en el espacio debajo de él. Él todavía estaba sentado erguido e inmóvil. Luego se inclinó hacia adelante y puso su mano sobre el cabello de ella.

—¿Vienes a mí? —murmuró—. ¿Vienes a mí?

La llama que lo envolvía parecía mecerlo silenciosamente.

—¿Realmente vienes a mí? —repitió—. Pero no tenemos adónde ir.

Sintió sus pies descalzos mojados con las lágrimas de ella. Dos cosas luchaban en él, el sentido de soledad eterna, como el espacio, y el torrente de llama oscura que lo arrojaría fuera de su soledad hacia ella.

Él también estaba pensando. Estaba pensando en el futuro. No tenía futuro en el mundo: de eso era consciente. No tenía futuro en esta vida. Incluso si seguía viviendo, solo sería una especie de resistencia. Pero sentía que en la otra vida la herencia era suya. Sentía que la otra vida le pertenecía.

Futuro en el mundo no podía darle. Vida en el mundo no tenía para ofrecerle. Mejor seguir solo. Seguramente mejor seguir solo.

¡Pero entonces las lágrimas en sus pies: y el rostro de ella que lo miraría cuando la dejara! No, no. La próxima vida era suya. Él era el amo de la otra vida. ¿Por qué temer por esta vida? ¿Por qué no tomar el alma que ella le ofrecía? Ahora y para siempre, para la vida que vendría cuando ambos estuvieran muertos. Llevarla al inframundo. Llevarla al oscuro Hades con él, como Francesca y Paolo. Y en el infierno retenerla fuertemente, reina del inframundo, él mismo amo del inframundo. Amo de la vida venidera. Padre del alma que vendría después.

—Escucha —le dijo suavemente—. Ahora eres mía. En la oscuridad eres mía. Y cuando mueras eres mía. Pero en el día no eres mía, porque no tengo poder en el día. En la noche, en la oscuridad y en la muerte, eres mía. Y eso

es para siempre. No importa si debo dejarte. Vendré de nuevo de vez en cuando. En la oscuridad eres mía. Pero en el día no puedo reclamarte. No tengo poder en el día, ni lugar. Así que recuerda. Cuando llegue la oscuridad, siempre estaré en la oscuridad de ti. Y mientras viva, de vez en cuando vendré a buscarte, cuando pueda, cuando no sea un prisionero. Pero tendré que irme pronto. Así que no lo olvides: eres la esposa nocturna de la mariquita, mientras vivas e incluso cuando mueras.

Más tarde, cuando la llevó de vuelta a su habitación, vio la puerta todavía entreabierta.

—No deberías dejar una luz en tu habitación —murmuró.

Por la mañana había un curioso aspecto remoto en él. Estaba más tranquilo que nunca, y parecía muy lejano. Daphne durmió hasta tarde. Tenía una extraña sensación como si se hubiera quitado de encima todas sus preocupaciones. No le importaba, no se afligía, no se inquietaba más. Todo eso la había abandonado. Sentía que podía dormir, dormir, dormir... para siempre. Su rostro, también, estaba muy quieto, con una delicada mirada de virginidad que nunca antes había tenido. Siempre había sido Afrodita, la autoconsciente. Y sus ojos, los verde azulados, habían sido como joyas lentas y vivas, resistentes. Ahora se habían desplegado desde el duro capullo de flor, y tenían la maravilla y la quietud de una noche tranquila.

Basil lo notó de inmediato.

—Estás diferente, Daphne —dijo—. ¿En qué estás pensando?

—No estaba pensando —dijo ella, mirándolo con candor.

—¿Qué estabas haciendo entonces?

—¿Qué hace uno cuando no piensa? No me hagas descifrarlo, Basil.

—Ni un poco, si no quieres.

Pero estaba desconcertado por ella. El aguijón de su amor extático por ella parecía haberlo abandonado. Sin embargo, no sabía qué más hacer sino hacerle el amor. Ella se puso muy pálida. Se sometió a él, inclinando la cabeza porque era su esposa. Pero lo miró con miedo, con pena, con sufrimiento real. Él podía sentir el movimiento de su pecho, y sabía que estaba lloviendo. Pero no había lágrimas en su rostro, solo estaba pálida como la muerte. Sus ojos estaban cerrados.

—¿Sientes dolor? —le preguntó.

—¡No! ¡No! —Abrió los ojos, temerosa de haberlo molestado. No quería molestarlo.

Él estaba desconcertado. Su propio amor extático y mortal por ella había recibido un freno. Estaba fuera de combate.

La observaba cuando ella estaba con el conde. Entonces ella parecía tan mansa... tan virginal... tan diferente de lo que había conocido de ella. Estaba tan quieta, como una chica virgen. Y era esta cualidad tranquila e intacta de Virginitad en ella lo que más lo desconcertaba, desconcertaba sus emociones y sus ideas. De repente se sintió avergonzado de hacerle el amor. Y porque estaba avergonzado, le dijo mientras estaba de pie en su habitación esa noche:

—Daphne, ¿estás enamorada del conde?

Estaba de pie junto al tocador, inquieto. Ella estaba sentada en una silla baja junto al diminuto fuego de leña moribundo. Lo miró con ojos anchos y lentos. Sin una palabra, con ojos anchos, suaves y dilatados lo observó. ¿Qué era lo que le hacía sentirse todo confundido? Volvió la cara hacia un lado, lejos de sus ojos anchos y suaves.

—Perdóname, querida. No tenía intención de hacer esa pregunta. No le hagas caso —dijo. Y se alejó a zancadas y cogió un libro. Ella bajó la cabeza y miró distraídamente al fuego, sin un sonido. Luego la miró de nuevo, a su cabello brillante que la doncella había trenzado para la noche. Su trenza colgaba sobre su suave bata rosada. Su corazón se ablandó hacia ella al verla sentada allí. Parecía como su hermana. La excitación del deseo lo había abandonado, y ahora parecía ver claro y sentir verdadero por primera vez en su vida. Ella era como una querida, querida hermana para él. Sentía que era su hermana de sangre, más cercana a él de lo que había imaginado que ninguna mujer podría ser. Tan cerca... tan querida... y todo el sexo y el deseo desaparecidos. No lo quería... no lo había querido. Este nuevo sentimiento puro era mucho más maravilloso.

Fue a su lado.

—Perdóname, querida —dijo—, por haberte interrogado.

Ella lo miró con los ojos anchos, sin una palabra. El rostro de él era bueno y hermoso. Las lágrimas acudieron a los ojos de ella.

—Tienes derecho a interrogarme —dijo ella tristemente.

—No —dijo él—. No, querida. No tengo derecho a interrogarte. ¡Daphne! ¡Daphne, querida! Será como tú desees, entre nosotros. ¿Lo será? ¿Será como tú desees?

—Tú eres el marido, Basil —dijo ella tristemente.

—Sí, querida. Pero —se puso de rodillas a su lado— tal vez, querida, algo ha cambiado en nosotros. Siento como si no debiera tocarte nunca más... como si nunca quisiera tocarte... de esa manera. Siento que estaba mal, querida. Dime lo que piensas.

—Basil, no te enfades conmigo.

—No es ira; es amor puro, querida... lo es.

—No nos acerquemos más el uno al otro que esto, Basil... físicamente... ¿te parece? —dijo ella—. Y no te enfades conmigo, ¿verdad?

—Vaya —dijo él—. Yo mismo creo que la parte sexual ha sido un error. Preferiría amarte... como amo ahora. Sé que esto es amor verdadero. Lo otro siempre fue un poco forzado. Sé que te amo ahora, querida: ahora soy libre de eso otro. Pero, ¿y si me sobreviene, eso otro, Daphne?

—Siempre soy tu esposa —dijo ella tranquilamente—. Siempre soy tu esposa. Quiero obedecerte siempre, Basil: lo que desees.

—Dame tu mano, querida.

Ella le dio su mano. Pero la mirada en sus ojos al mismo tiempo le advirtió y le asustó. Le besó la mano y la dejó.

Era al conde a quien ella pertenecía. Esto se había decidido en ella hasta lo profundo de su alma. Si no podía casarse con él y ser su esposa en el mundo, sin embargo le había sucedido para siempre. No podía cuestionarlo más. La duda había salido de ella.

Qué extraño lo diferente que se había vuelto: una extraña y nueva quietud. Los últimos días se estaban deslizando. Él se iría... Dionys: él con el rostro tranquilo y remoto, el hombre al que ella pertenecía en la oscuridad y

en la luz, para siempre. Él se iría. Él dijo que debía ser así. Y ella asintió. El dolor era profundo, profundo dentro de ella. Él debía irse. Sus vidas no podían ser una sola vida, en el día de este mundo. Incluso en su angustia sabía que era así. Sabía que él tenía razón. Él era para ella infalible. Él hablaba el alma más profunda en ella.

Ella nunca lo vio como un amante. Cuando lo veía, era el pequeño oficial, un prisionero, tranquilo, sin reclamar nada en todo el mundo. Y cuando iba a él como su amante, su esposa, siempre estaba oscuro. Solo conocía su voz y su contacto en la oscuridad. "Mi esposa en la oscuridad", le decía él. Y en esto también le creía. No lo habría contradicho, no, por nada en la tierra: no fuera que al contradecirlo perdiera los oscuros tesoros de quietud y dicha que guardaba en su pecho incluso cuando su corazón estaba retorcido por la agonía de saber que él debía irse.

No, había encontrado esta cosa maravillosa después de haberlo oído cantar: de repente se había derrumbado lejos de su viejo yo hacia esta oscuridad, esta paz, esta quietud que era como un río oscuro y lleno fluyendo eternamente en su alma. Se había ido a dormir desde la nuit blanche de sus días. Y Basil, maravilloso, había cambiado casi de inmediato. Ella le temía, no fuera que cambiara de nuevo. Siempre lo tendría a él a quien temer. Pero en lo profundo de su interior solo temía por este amor suyo por el conde: este amor oscuro y eterno que era como un río lleno fluyendo para siempre dentro de ella. Ah, que eso no se rompiera.

Estaba tan quieta por dentro. Podía sentarse tan quieta, y sentir el día cambiando lenta y ricamente a la noche. Y no quería nada, no le faltaba nada. ¡Si tan solo Dionys no tuviera que irse! ¡Si tan solo no tuviera que irse!

Pero él le dijo, la última mañana:

—No me olvides. Recuérdame siempre. Dejo mi alma en tus manos y en tu vientre. Nada podrá separarnos nunca, a menos que nos traicionemos el uno al otro. Si tienes que entregarte a tu marido, hazlo y obedécelo. Si eres fiel a mí, interiormente, interiormente fiel, él no nos hará daño. Él es generoso, sé generosa con él. Y nunca dejes de creer en mí. Porque incluso al otro lado de la muerte estaré buscándote. Seré rey en el Hades cuando esté muerto. Y tú estarás a mi lado. Nunca me dejarás más, en el después de la muerte. Así que no tengas miedo en la vida. No tengas miedo. Si tienes que

llorar lágrimas, llóralas. Pero en el fondo de tu corazón sabe que volveré, y que te he tomado para siempre. Y así, en el fondo de tu corazón quédate quieta, quédate quieta, ya que eres la esposa de la mariquita. —Rio mientras la dejaba, con su propia risa hermosa y sin miedo. Pero eran ojos extraños los que lo seguían con la mirada.

Él se fue en el coche con Basil de regreso a Voynich Hall.

—Creo que Daphne te echará de menos —dijo Basil.

El conde no respondió durante unos momentos.

—Bueno, si lo hace —dijo—, no habrá amargura en ello.

—¿Estás seguro? —sonrió Basil.

—Vaya... si estamos seguros de algo —sonrió el conde.

—Ha cambiado, ¿verdad?

—¿Lo ha hecho?

—Sí, ha cambiado bastante desde que viniste, conde.

—A mí no me parece tan diferente de la chica de diecisiete años que conocí.

—No... tal vez no. Yo no la conocía entonces. Pero es muy diferente de la esposa que he conocido.

—¿Una diferencia lamentable?

—Bueno... no, en lo que a ella respecta. Está mucho más tranquila dentro de sí misma. Sabes, conde, algo de mí murió en la guerra. Siento que me tomará una eternidad sentarme y pensar en todo ello.

—Espero que pueda pensarlo a su entera satisfacción, mayor.

—Sí, yo también lo espero. Pero así es como me ha dejado... sintiendo como si necesitara la eternidad ahora para reflexionar sobre todo ello, ya sabes. Sin la necesidad de actuar... o incluso de amar, realmente. Supongo que el amor es acción.

—Acción intensa —dijo el conde.

—Así es. Sé realmente cómo me siento. Solo pido a la vida que me libre de más esfuerzo de acción de cualquier tipo... incluso el amor. Y luego re-

alizarme a mí mismo, reflexionando durante toda la eternidad. Por supuesto, no me importa el trabajo, la acción mecánica. Eso en sí mismo es una forma de inacción.

—Un hombre solo puede ser feliz siguiendo su propia necesidad más íntima —dijo el conde.

—¡Exactamente! —dijo Basil—. No dictaré la ley para nadie, ni siquiera para mí mismo. Y viviré mi día...

—Entonces serás feliz a tu manera. Yo encuentro tan difícil evitar dictar la ley para mí mismo —dijo el conde—. Solo el pensamiento de la muerte y la otra vida me salva de hacerlo más.

—Como el pensamiento de la eternidad me ayuda a mí —dijo Basil—. Supongo que viene a ser lo mismo.

Fin

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB